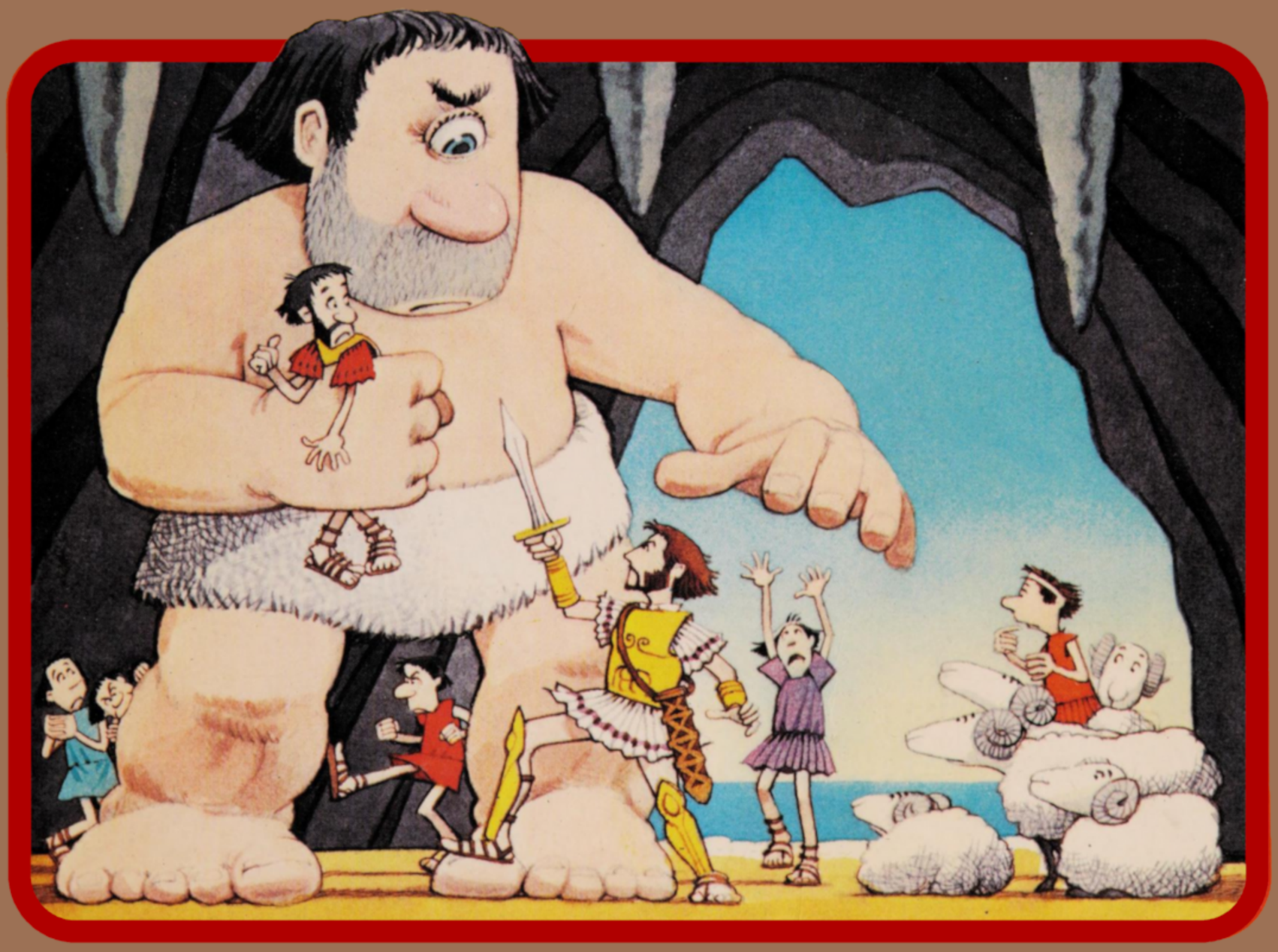
LAS INCREIBLES AVENTURAS DE

ULISES



Historia adaptada por Vivian Webb y Heather Amery
Ilustrada por Stephen Cartwright

LAS INCREIBLES AVENTURAS DE

ULISES

HOMERO

Reescrito por
VIVIAN WEBB y
HEATHER AVERY

Ilustrado por
STEPHEN CARTWRIGHT

CONTENIDO

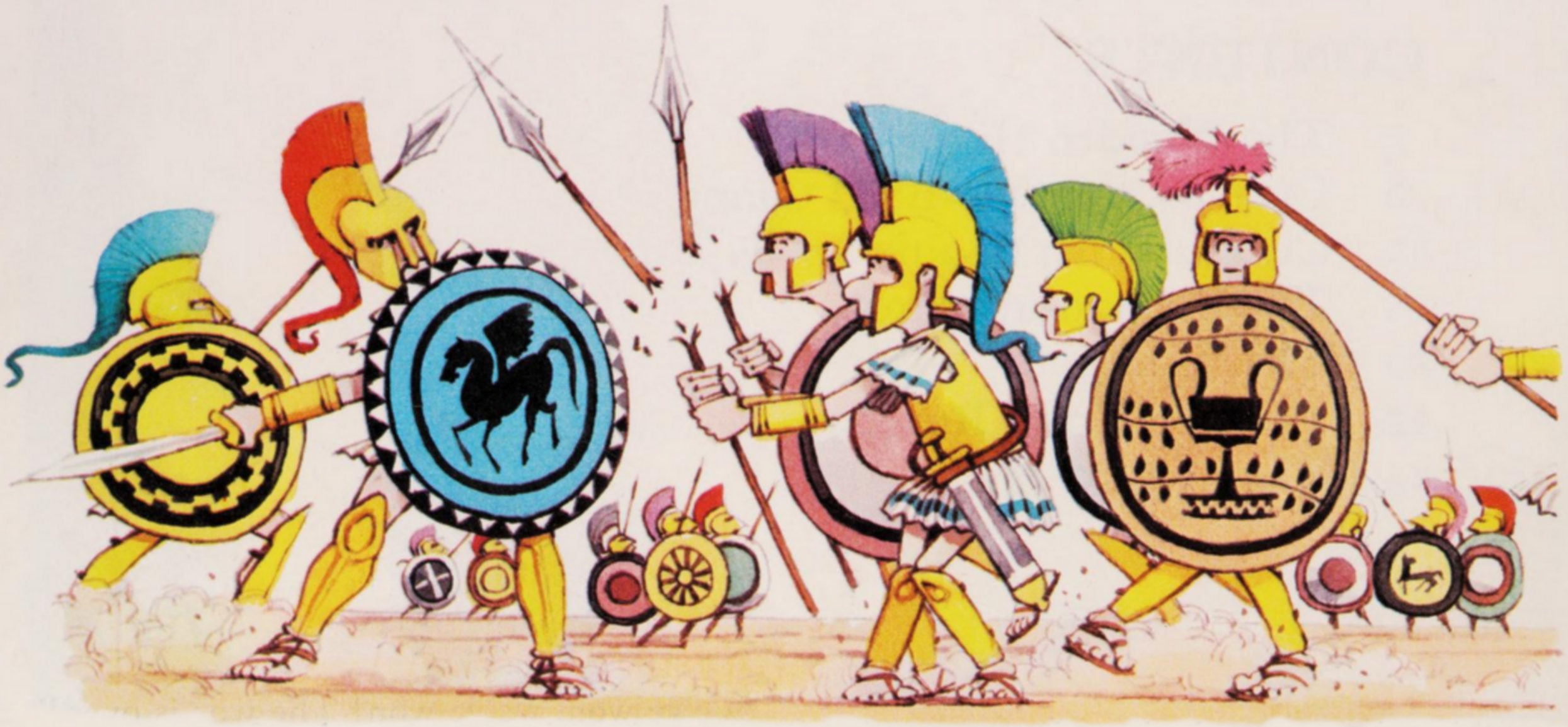
2 El caballo de madera
6 Los Cíclopes, gigantes de un sólo ojo
12 Circe y sus conjuros mágicos
18 Los cantos de sirenas
20 El remolino
22 La venganza del Dios del Mar
24 Al fin en casa

El Caballo de Madera

Hace mucho tiempo, la isla griega de Ítaca, era gobernada por Ulises, junto con su esposa y su hijo Telémaco.

Un día, una hermosa griega, la princesa Elena, fue raptada por un príncipe extrangero y llevada a la ciudad de Troya.

Ulises y otros reyes griegos, unieron a sus tropas y juntos navegaron hacia Troya, para rescatar a la bella Elena.

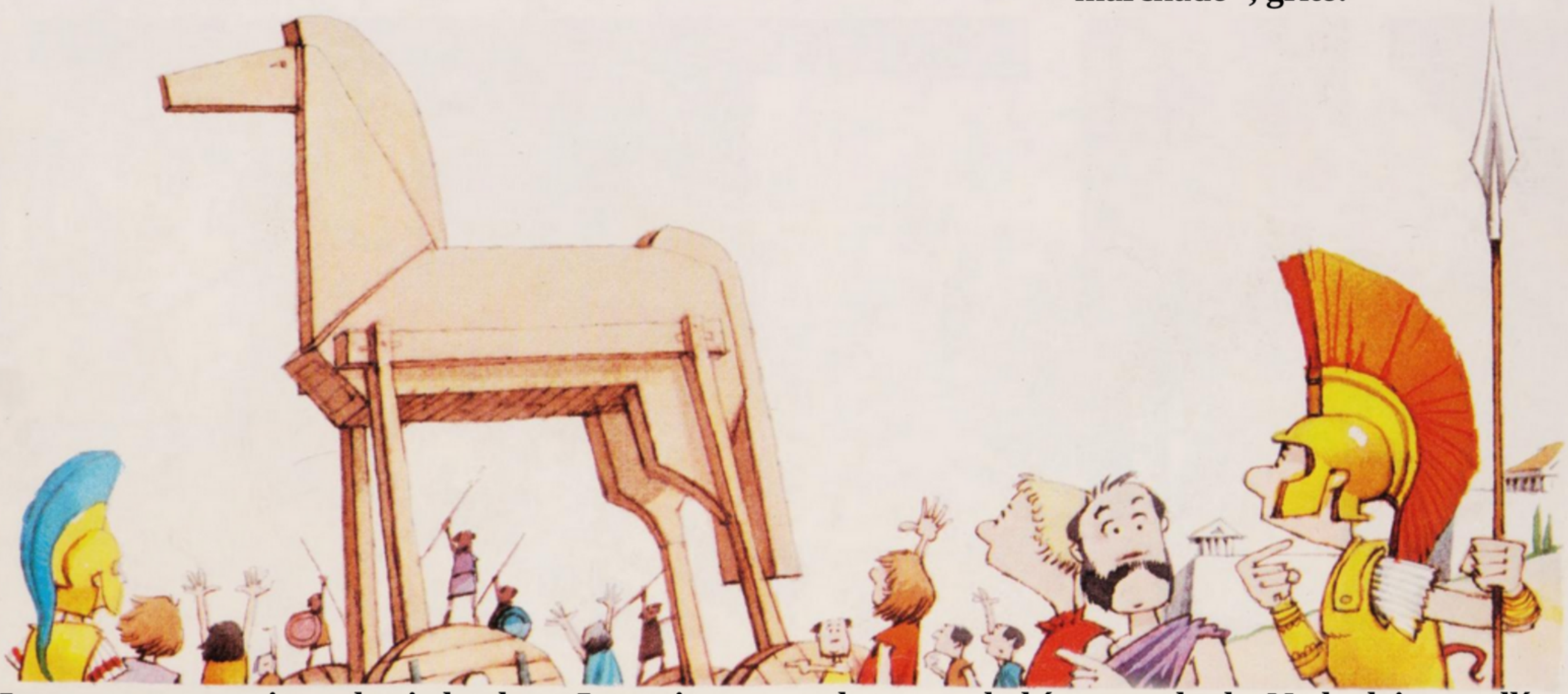


Los griegos combatieron sin cesar contra los troyanos, pero no fueron capaces de capturar Troya. Acamparon en la playa, fuera de la ciudad e intentaron derribar sus enormes murallas.

Tras 10 años de lucha, los soldados griegos estaban agotados. "No podemos ganar, volvamos a casa", dijeron.

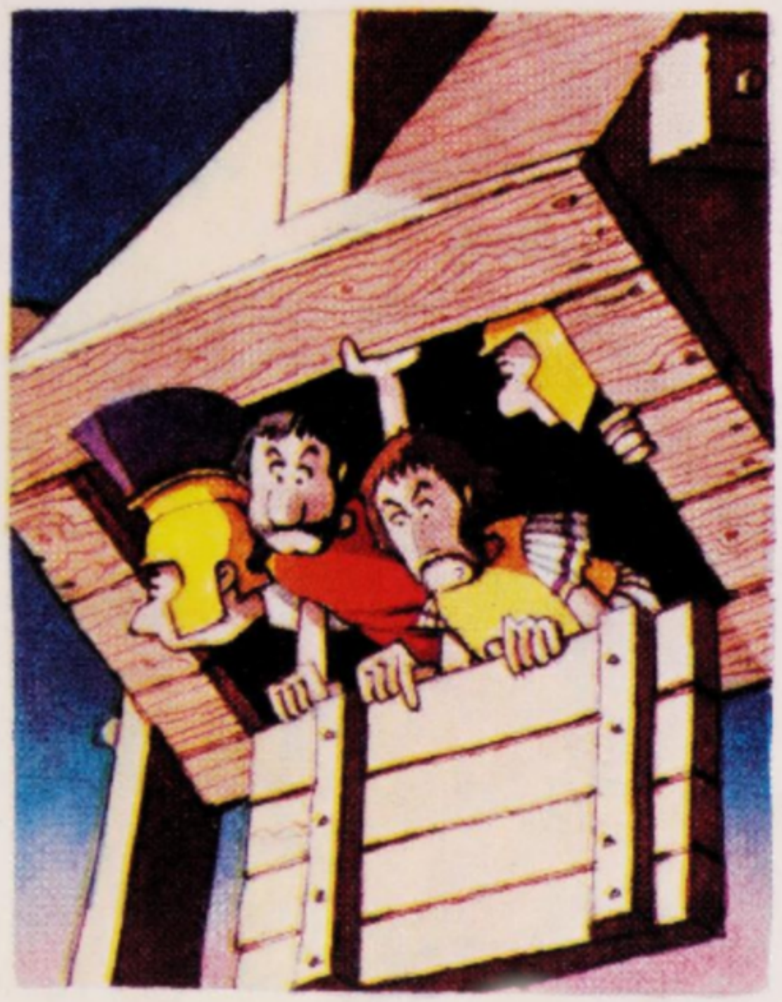
Pero el rey Ulises no se rindió y urdió un plan: "se cómo conquistar Troya", le dijo a los otros reyes.

Al día siguiente, cuando un centinela troyano subió a la muralla, vio que el campamento griego estaba vacío. "Se han marchado", gritó.

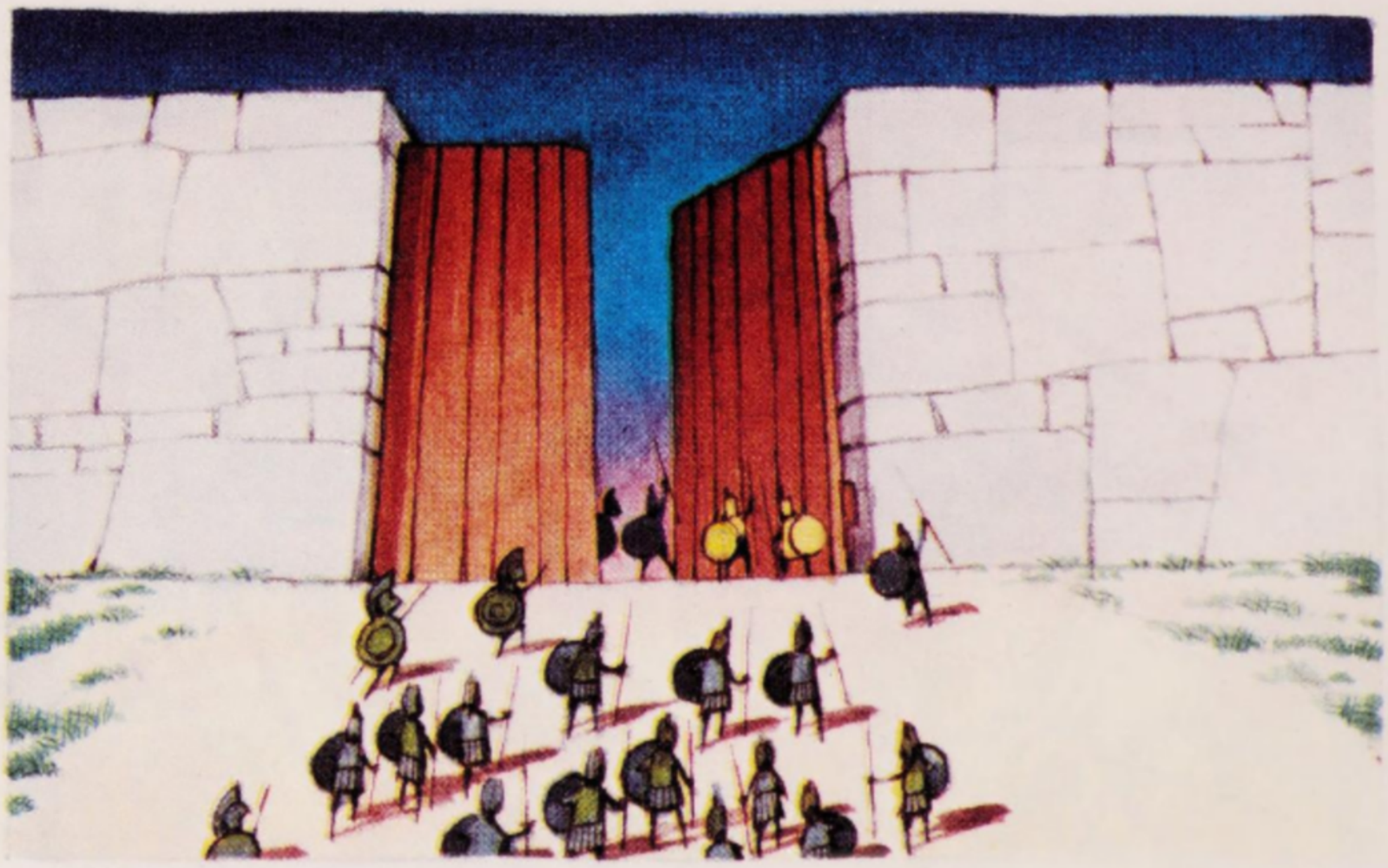


Los troyanos corrieron hacia la playa. Los griegos y sus barcos se habían marchado. Nada dejaron allí salvo por un gigantesco caballo de madera. "Hemos ganado! La guerra ha terminado!", gritaron los troyanos. "Pero ¿qué significa este caballo? Debe ser un regalo de los griegos", concluyeron.

Los troyanos arrastraron el caballo de madera colina arriba, a través de las puertas de la ciudad hasta la plaza del mercado. Todos los vecinos de Troya acudieron a observarlo. Aquella tarde, la ciudad entera festejó el final de la guerra. Hubo un gran banquete y todos bailaron alrededor del caballo.

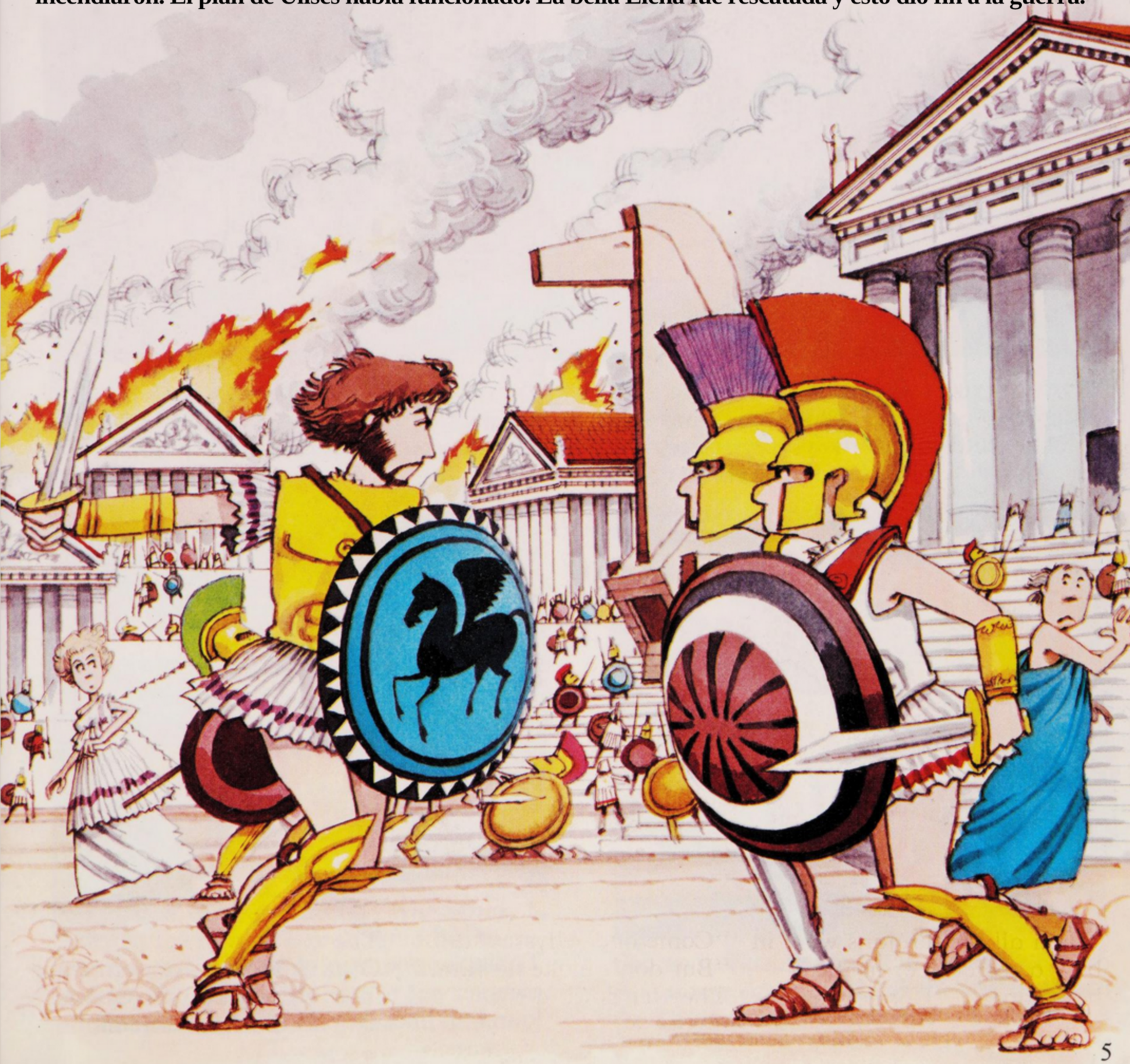


Una vez los troyanos se acostaron, una compuerta secreta se abrió en el caballo. Ulises y sus hombres estaban escondidos en su interior.



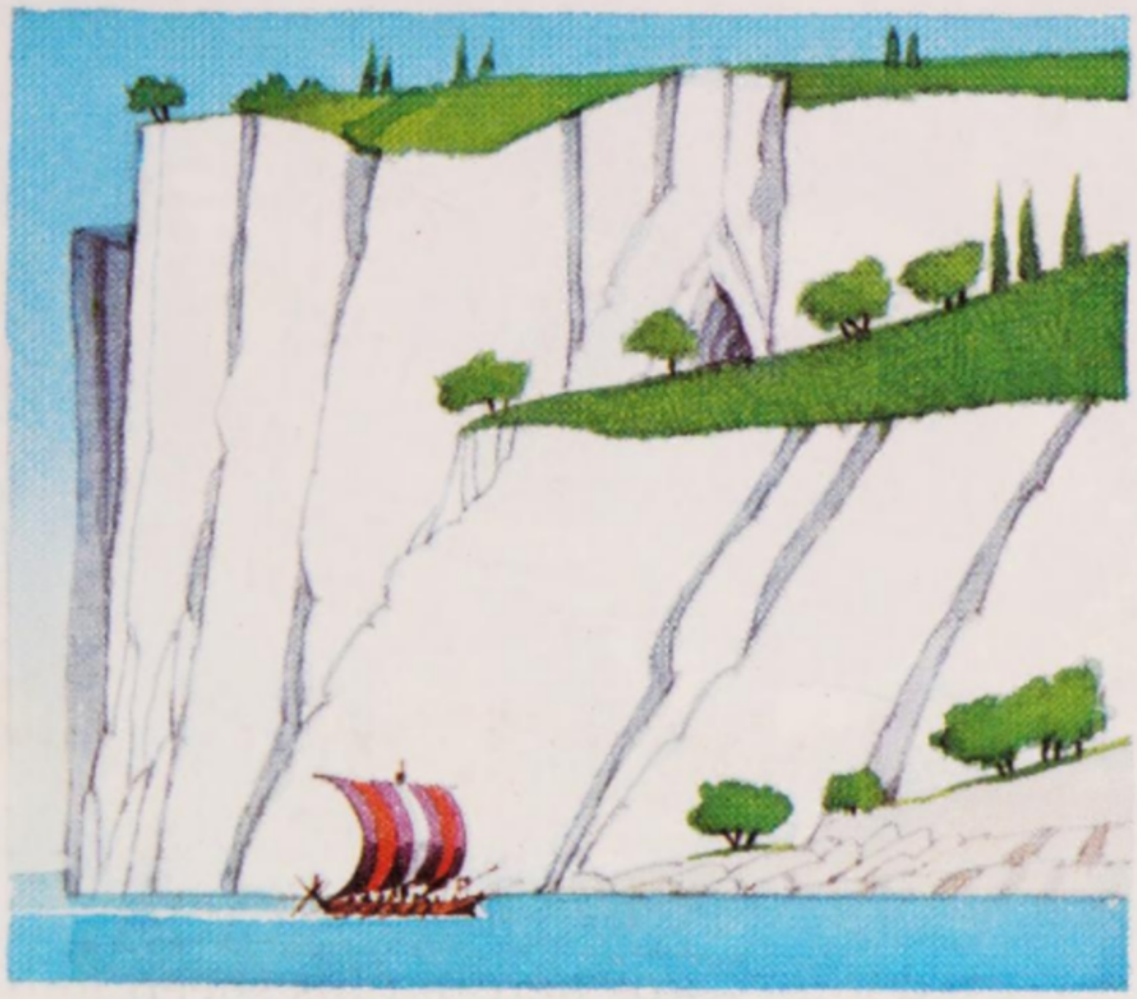
"Adelante", dijo Ulises, "no hagáis ruido". Soltaron una escalera de cuerda y descendieron del caballo. Se dirigieron hasta las puertas de la ciudad y las abrieron. Fuera esperaba el ejército griego, que había estado escondido durante el día lejos de las miradas troyanas.

Los soldados griegos se adentraron sigilosamente en la ciudad mientras los troyanos dormían. Cuando despertaron, los hombres trataron de luchar, pero los griegos acabaron con todos. Los soldados griegos esclavizaron a las mujeres y los niños troyanos, robaron el tesoro de la ciudad y tras ello, la incendiaron. El plan de Ulises había funcionado. La bella Elena fue rescatada y esto dio fin a la guerra.



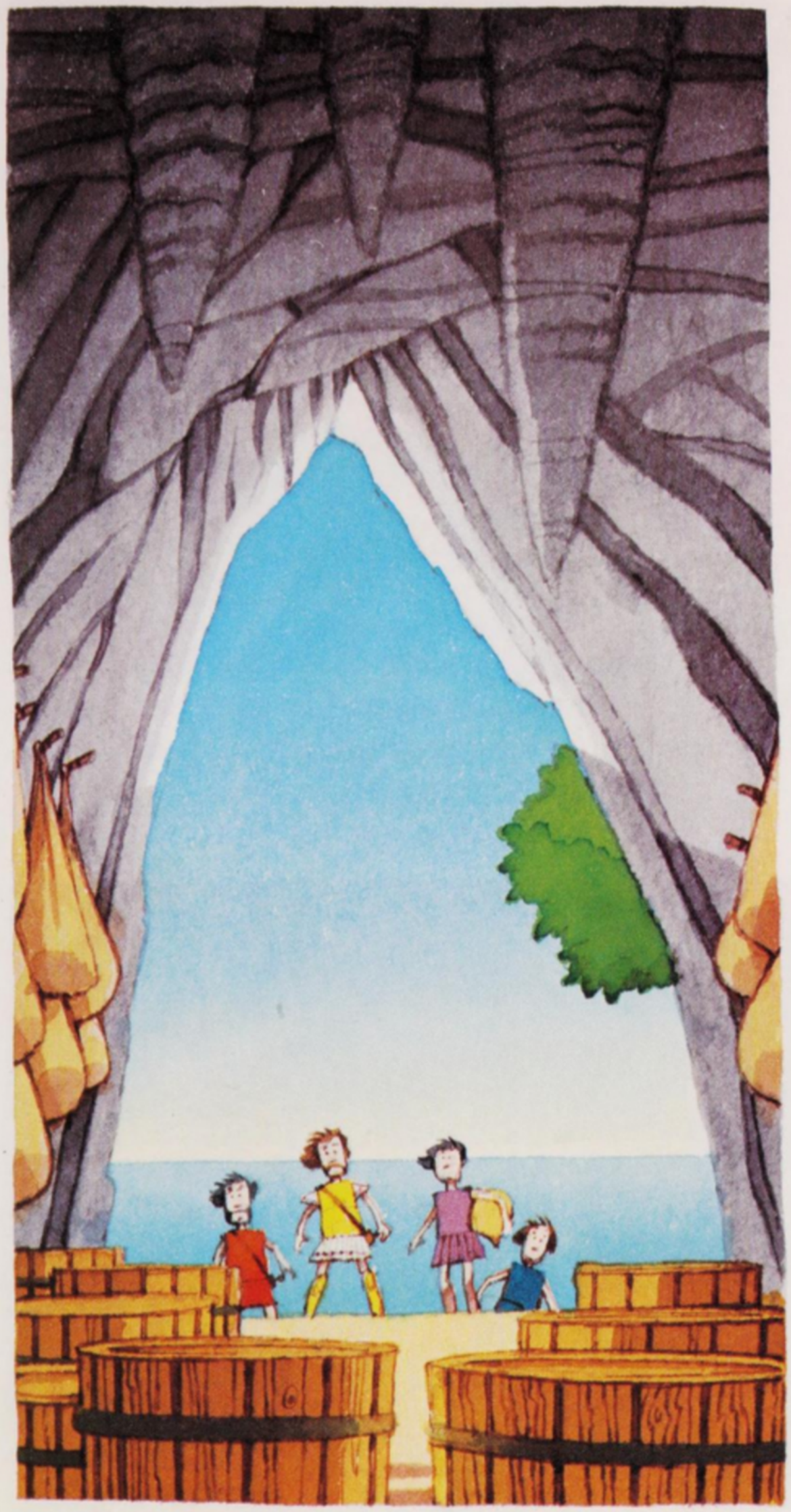
Los Cíclopes, gigantes de un sólo ojo

Tras 10 años de guerra, los griegos ansiaban volver a casa. De modo que se repartieron el tesoro de Troya y navegaron hacia sus hogares. Ulises y sus hombres, pusieron rumbo a Ítaca.
Por el camino se toparon con tormentas y pasaron frente a islas peligrosas. Los marineros habían escuchado rumores de que gigantes habitaban en algunas de esas islas.



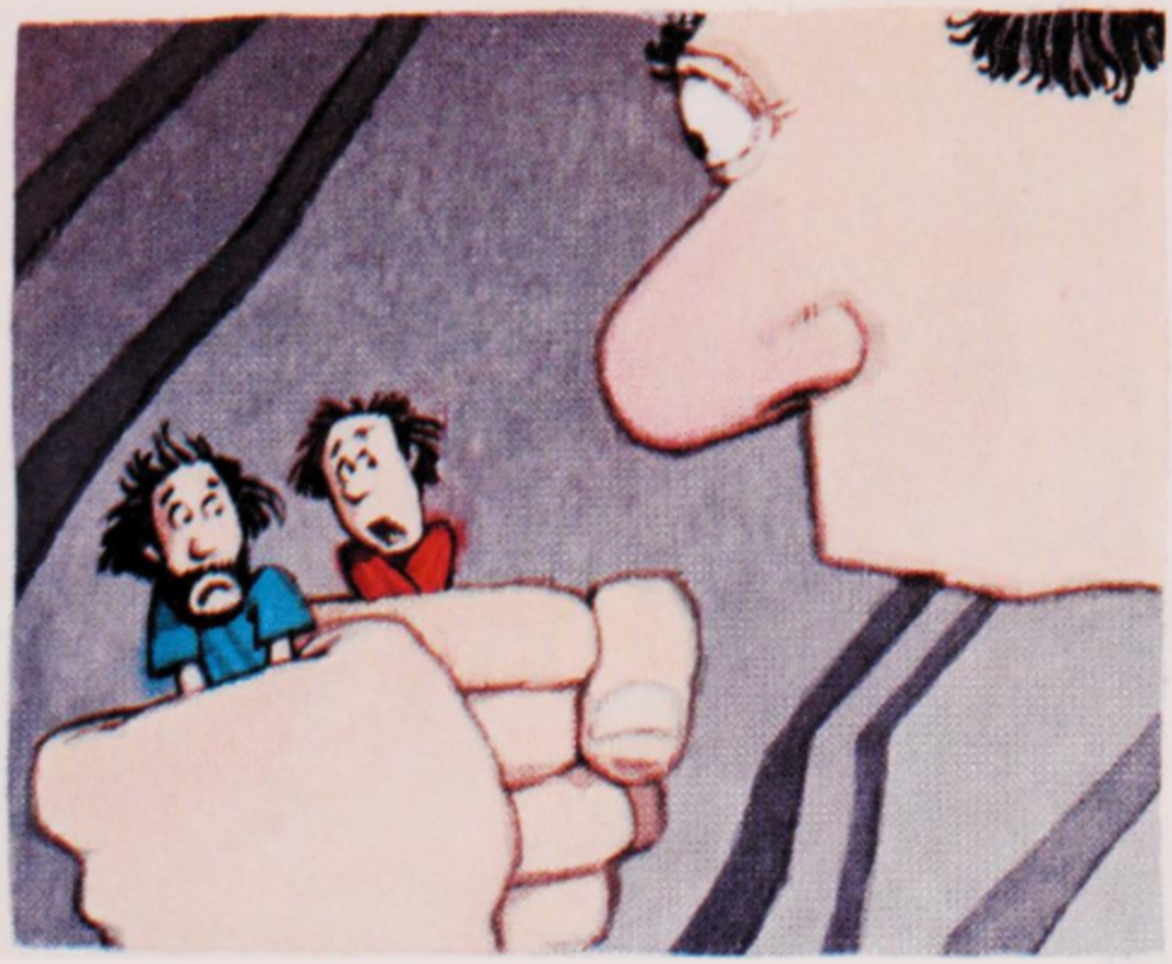
Tras dos semanas en el mar, desembarcaron en una isla para conseguir comida y agua. En lo alto de un acantilado vieron una gran cueva.

Tomando un pellejo de vino, Ulises y sus hombres exploraron la isla. Como la encontraron vacía, escalaron el acantilado.



Llegaron a lo alto cansados y hambrientos. Desde la entrada de la cueva vieron que no había nadie allí. Pero al adentrarse, vieron enormes quesos y descomunales cubos de leche. "Comamos y esperemos al dueño", dijo Ulises.

De repente, un sonido les alertó. Un Cíclope, un gigante de un sólo ojo, traía de vuelta a sus ovejas hacia la cueva. Entonces, hizo rodar una enorme roca y cerró la entrada. Con su único ojo, observó a los griegos: "¿Quienes sois?", preguntó.



"Somos soldados de camino a casa tras haber luchado en Troya", dijo Ulises. "Vinimos aquí buscando agua y comida". El gigante rugió y tomando a dos hombres, los aplastó con sus puños y los devoró.

Hecho esto, el Cíclope se tumbó y se quedó dormido. Los hombres imploraron a Ulises que matara al gigante antes de que se los comiera a todos. "Si lo matamos, nos quedaremos atrapados" dijo Ulises. "Nunca podremos mover esa roca".

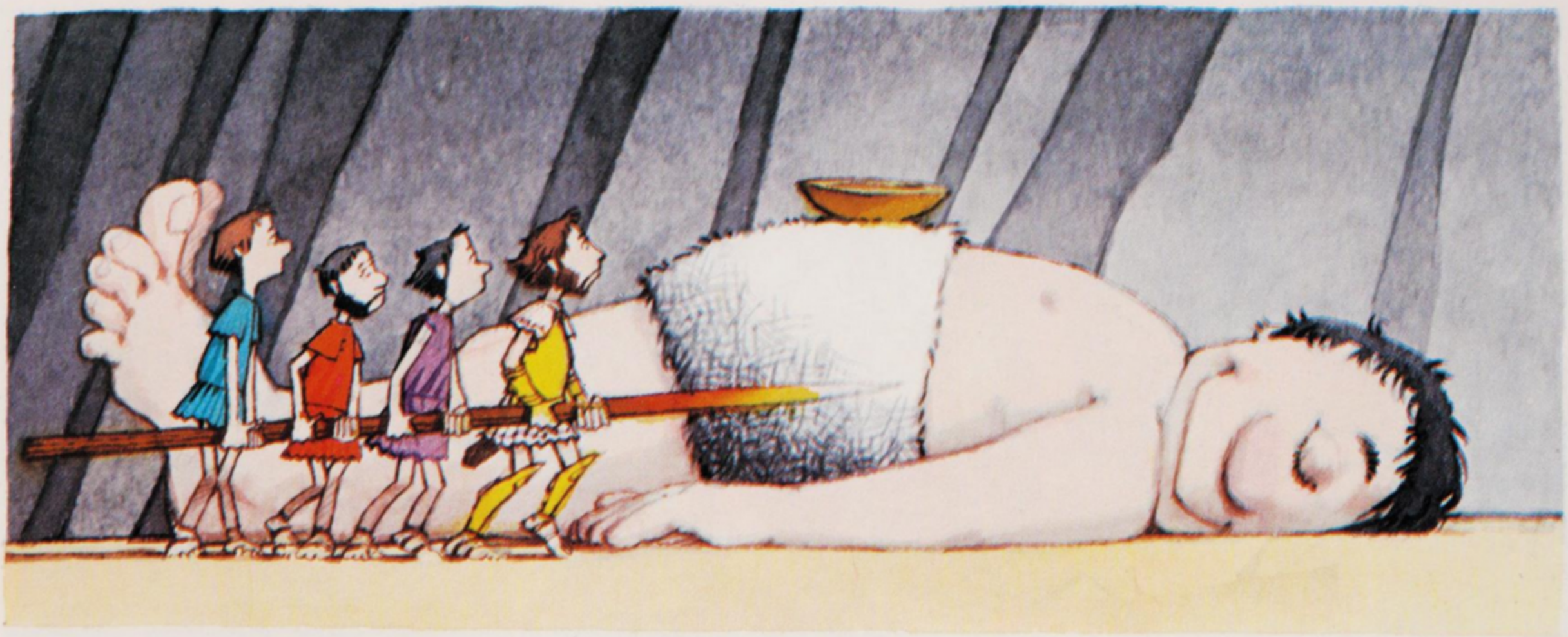
Al día siguiente, el gigante salió de la cueva y volvió a colocar la roca, cerrando la entrada. Entonces Ulises urdió un plan.

Buscó por la cueva hasta encontrar un gran tronco. Lo afiló con su espada y lo escondió en un rincón.

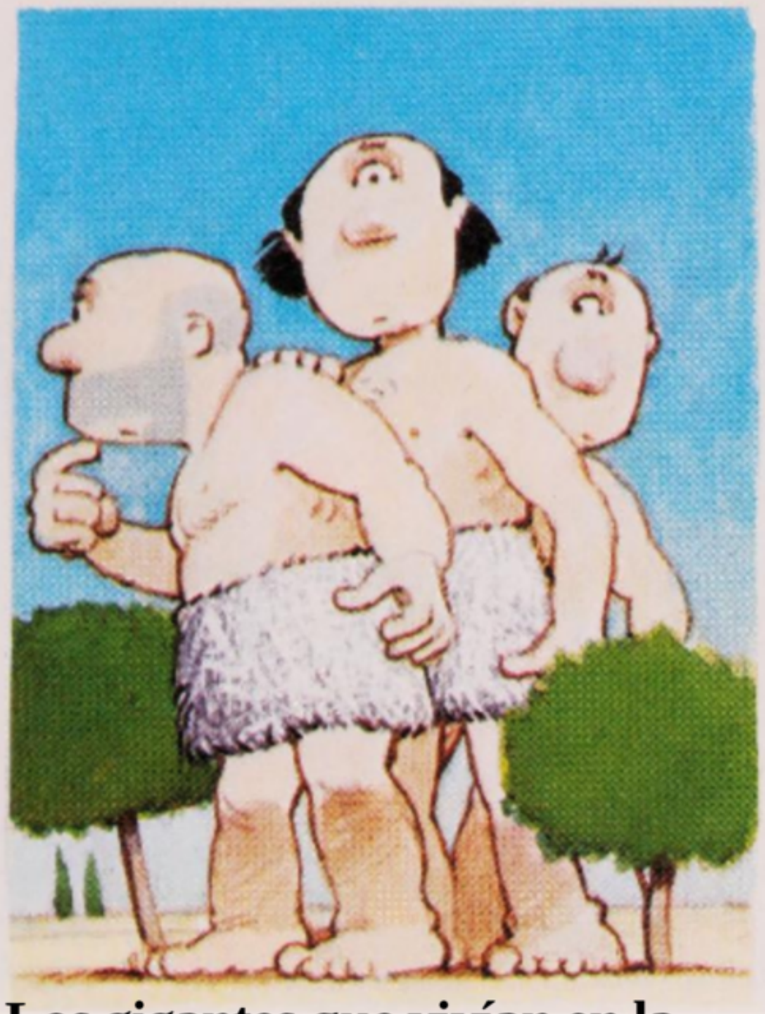
Esa noche, cuando el Cíclope volvió, Ulises le sirvió una gran fuente de vino. Esto agradó al gigante.

"¿Cómo te llamas?", preguntó el gigante a Ulises. "Me llamo Nadie", respondió Ulises mientras le daba más vino al Cíclope.

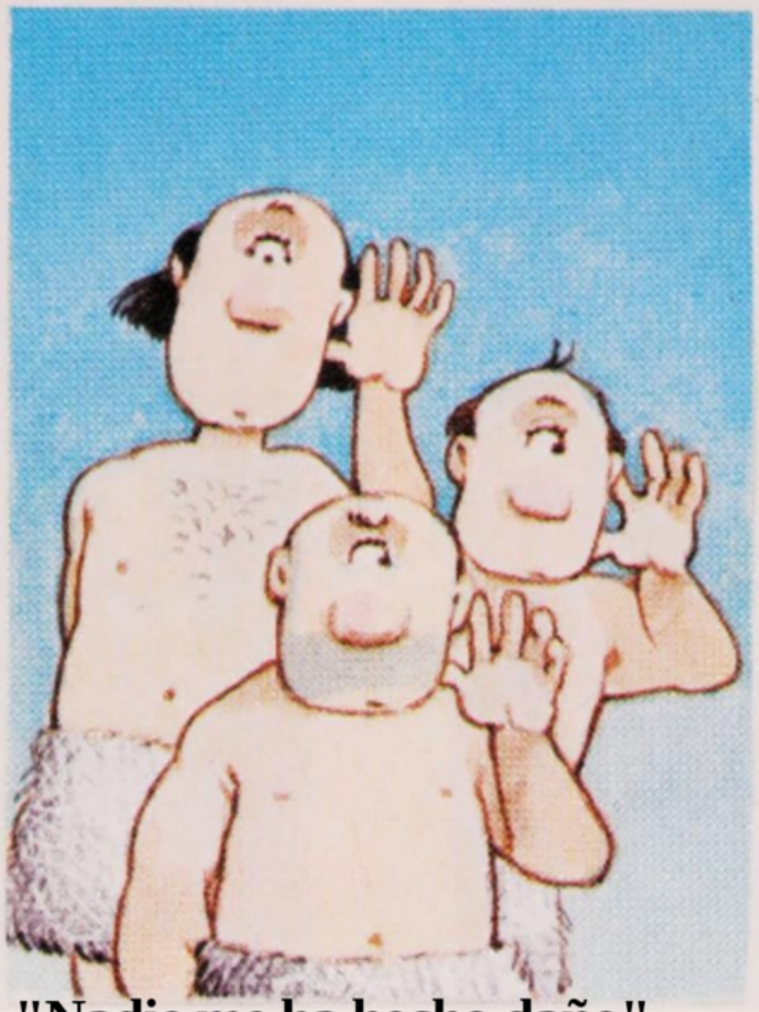
El Cíclope se rió. "Nadie es un nombre ridículo", dijo. Entonces, tras un rato, borracho por todo el vino que había bebido, se durmió.



Ulises sacó el tronco afilado de su escondite y puso la punta en un fuego para calentarla. Cuando la punta estuvo al rojo vivo, llamó a sus tres hombres mas fuertes y valientes. Muy despacio, se acercaron al Cíclope, con cuidado de no despertarlo y clavaron el palo en el único ojo del gigante.



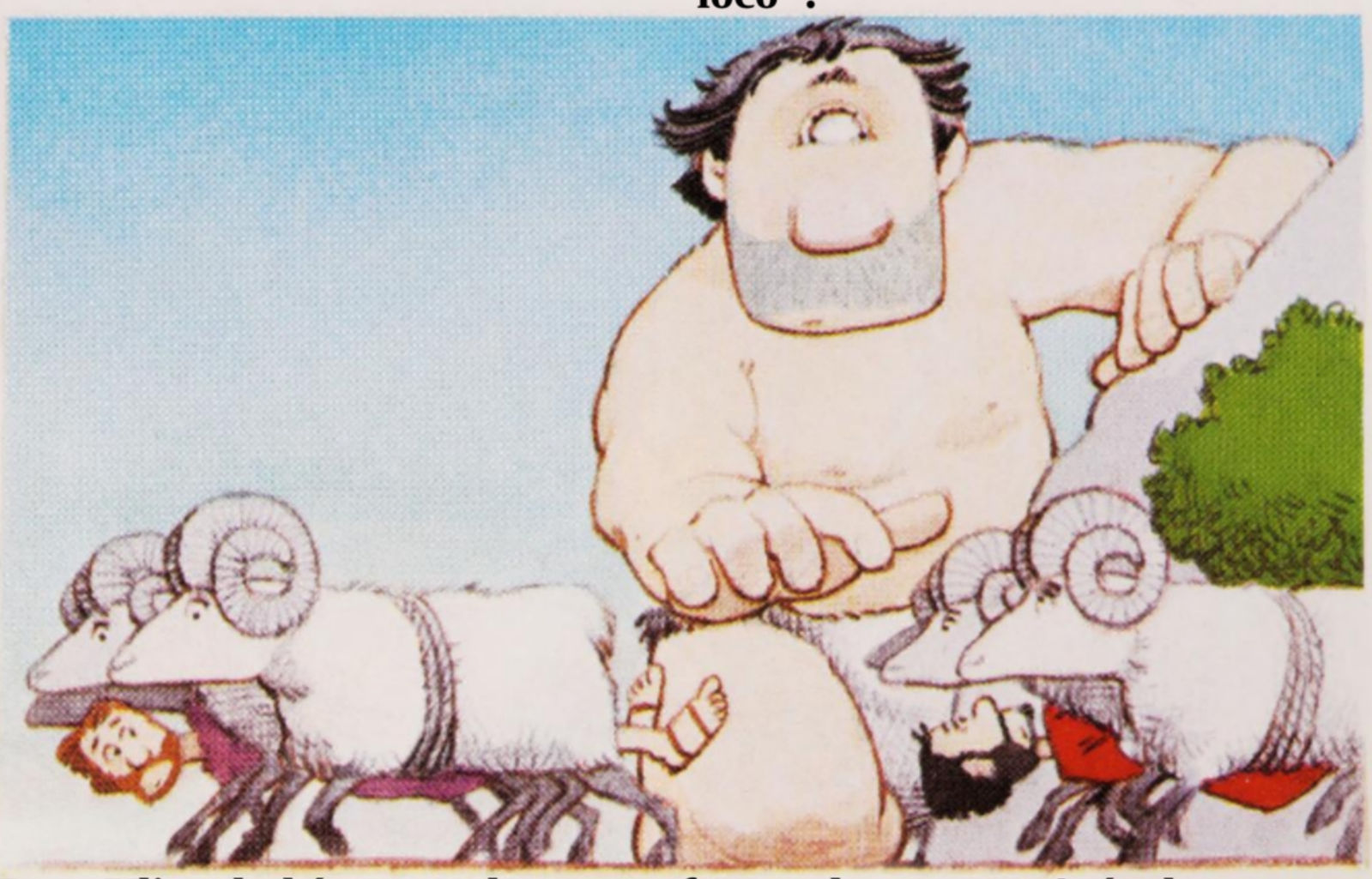
Los gigantes que vivían en la isla escucharon los gritos de dolor del Cíclope. Y corrieron a auxiliarle. "¿Qué te ocurre?"



"Nadie me ha hecho daño" gritó el Cíclope. "Nadie me ha saltado un ojo y ahora no puedo ver".

"Si nadie te ha hecho daño, ¿por qué gritas?", preguntaron los gigantes. Y se marcharon pensando, "Éste se ha vuelto loco".

El Cíclope movió la roca que cerraba la cueva, salió y esperó fuera a que los griegos tratasen de huir.



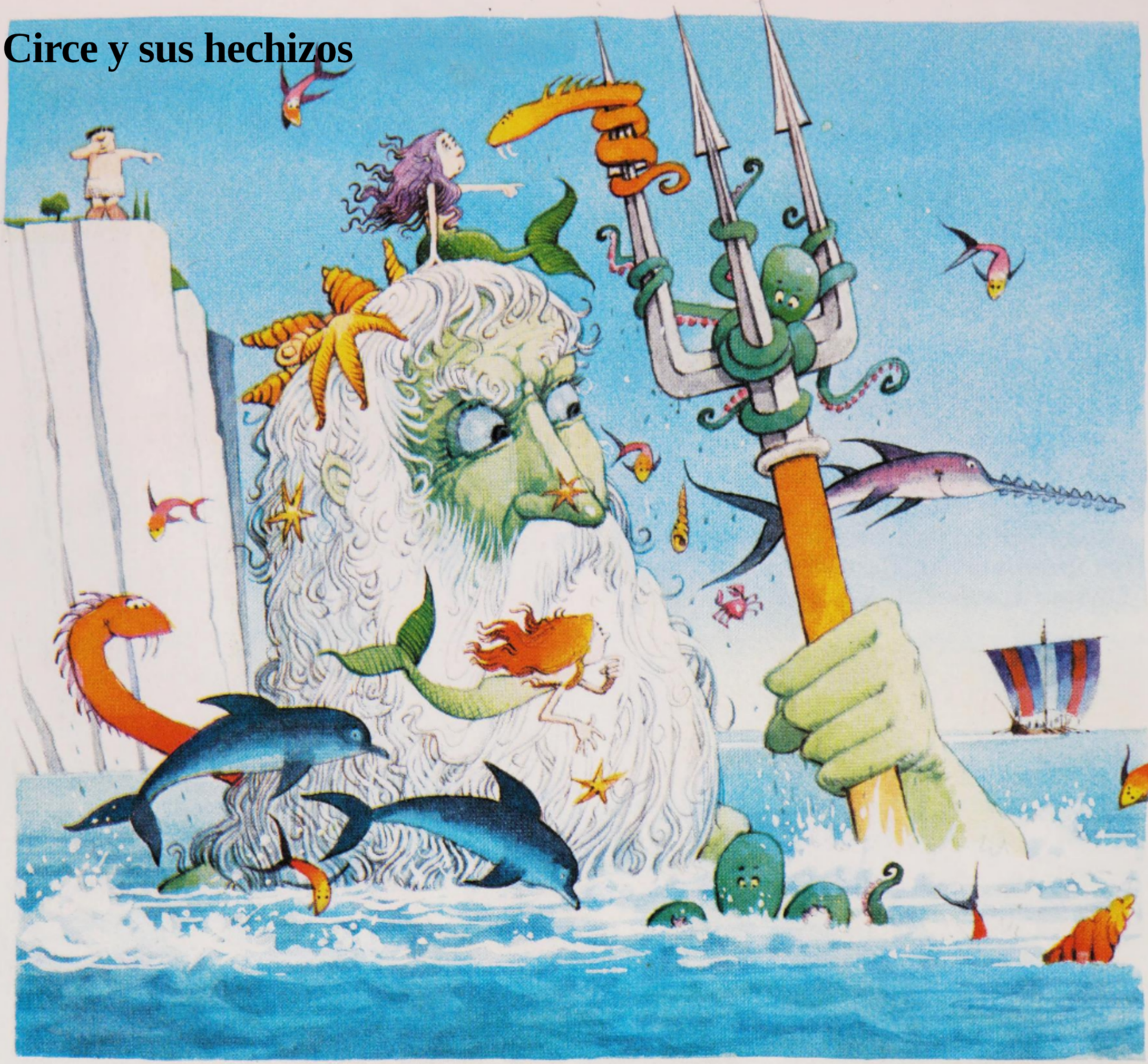
Pero Ulises había pensado en una forma de escapar. Ató a los carneros del Cíclope juntos de tres en tres. "Agarraos al carnero que queda en el medio", le dijo a sus hombres. Y Ulises empujó a los carneros fuera de la cueva.

El Cíclope palpaba a los carneros a medida que abandonaban la cueva, pero no detectó a los hombres que iban debajo. Ulises fue el último en salir.

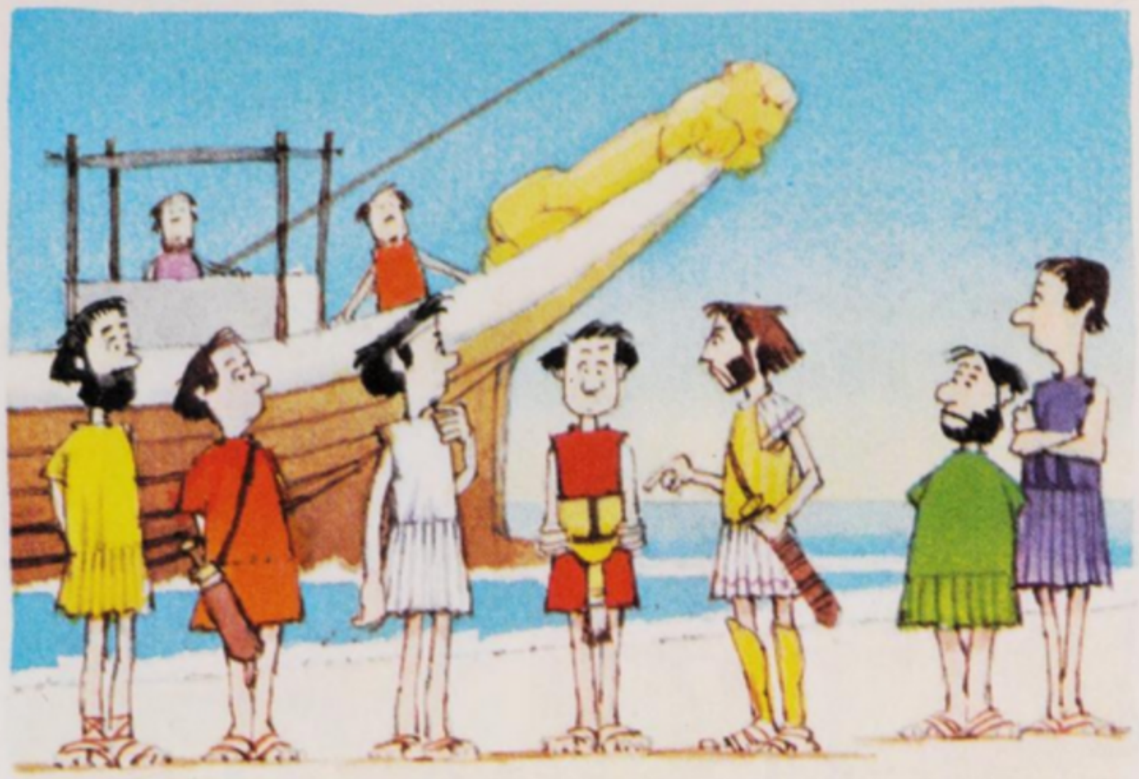
"Volvamos a las naves" gritó Ulises. Sus hombres descendieron el acantilado y remaron enérgicamente, alejándose de la playa.

El gigante escuchó el grito de Ulises y supo que le habían engañado. Así que corrió a lo alto del acantilado. Rugiendo de enfado lanzó enormes rocas al barco, pero no lo alcanzó.
Ulises y sus hombres estaban a salvo!.

Circe y sus hechizos



Ulises y sus hombres se alejaron navegando y riendo por cómo habían engañado al Cíclope. No sabían que el gigante era el hijo de Poseidón, el dios del mar.
Poseidón observó el barco de los griegos, furioso porque la tripulación hubiera hecho daño a su hijo.
"Ahora rien", gruñó, "pero no reirán cuando mi venganza caiga sobre ellos."



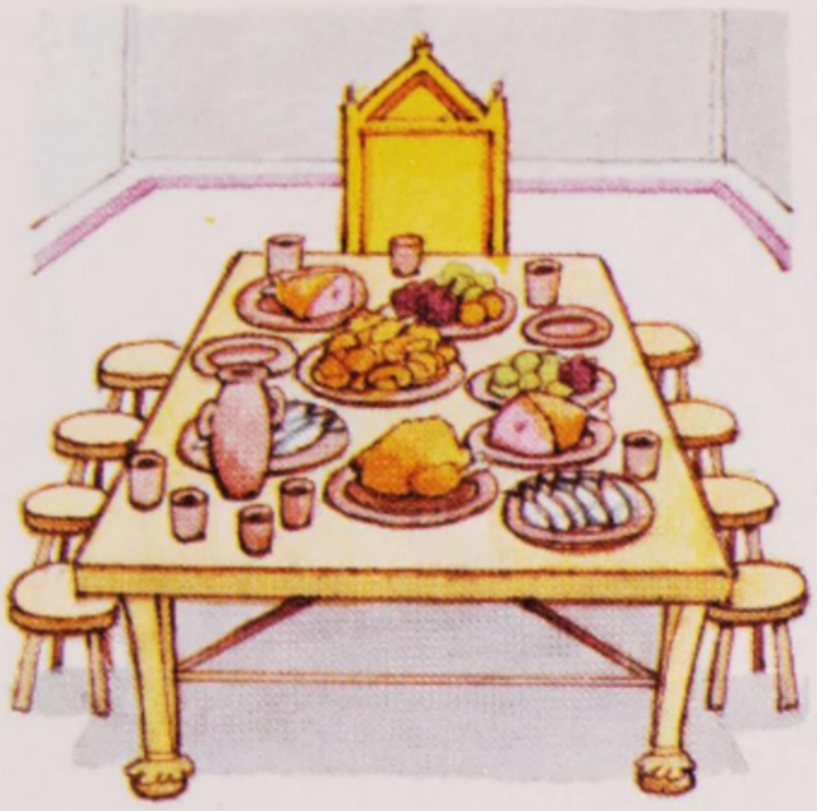
Pronto desembarcaron en otra isla. Esta vez, Ulises dividió a su tripulación en dos grupos. Uno dirigido por él y otro por Eurílоco.Y así, separados en dos grupos, marcharon a buscar comida. El resto se quedaría guardando el barco.

Eurílоco le pidió a sus hombres que llevaran sus espadas. Tenía miedo de que volvieran a encontrar gigantes hambrientos. Caminaron durante horas sin ver a nadie. La isla parecía desierta.

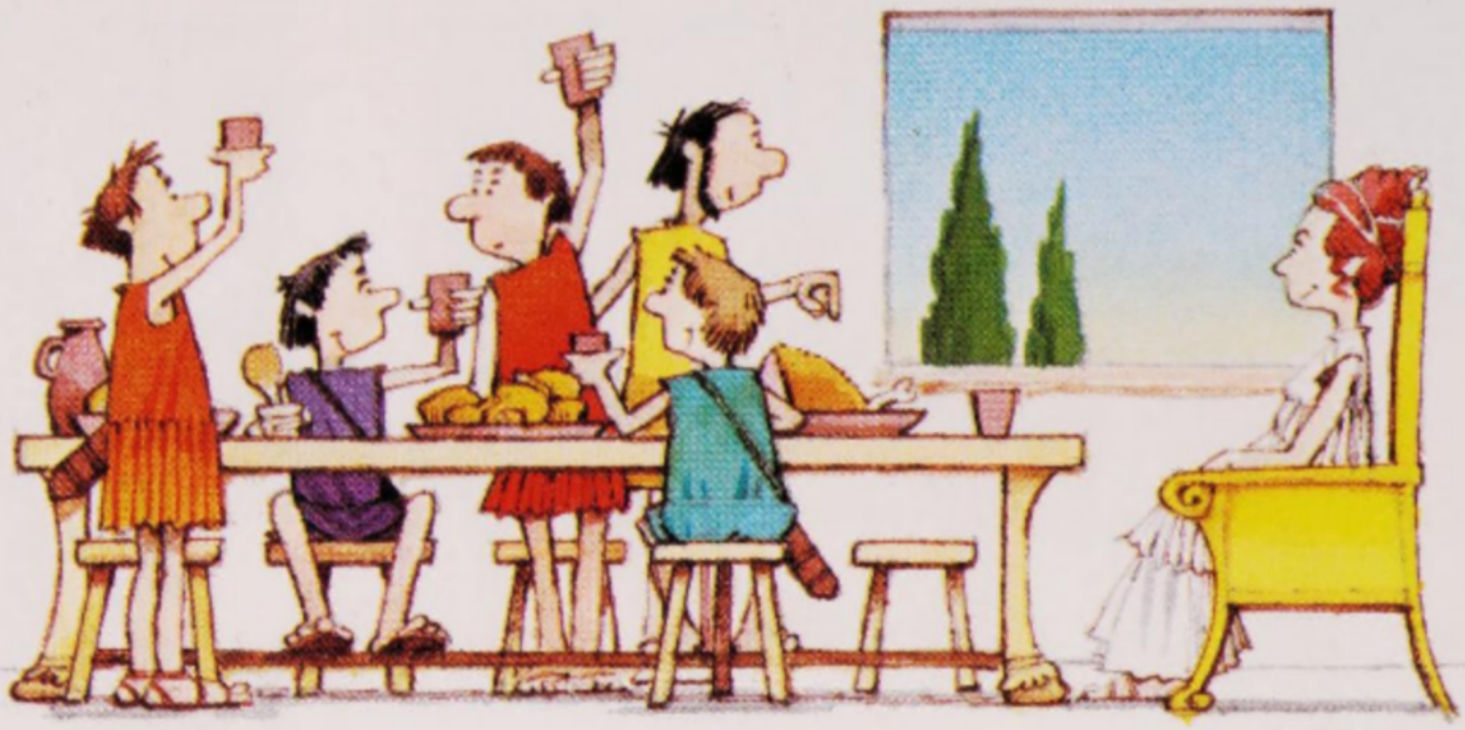
Uno de sus hombres observó algo. "Mirad", gritó señalando al bosque. Se veía una columna de humo sobre las copas de los árboles.

"Seguidme", dijo Eurílоco, "pero sed cautos". Se movieron en silencio y vieron que al otro lado del bosque, había un palacio.

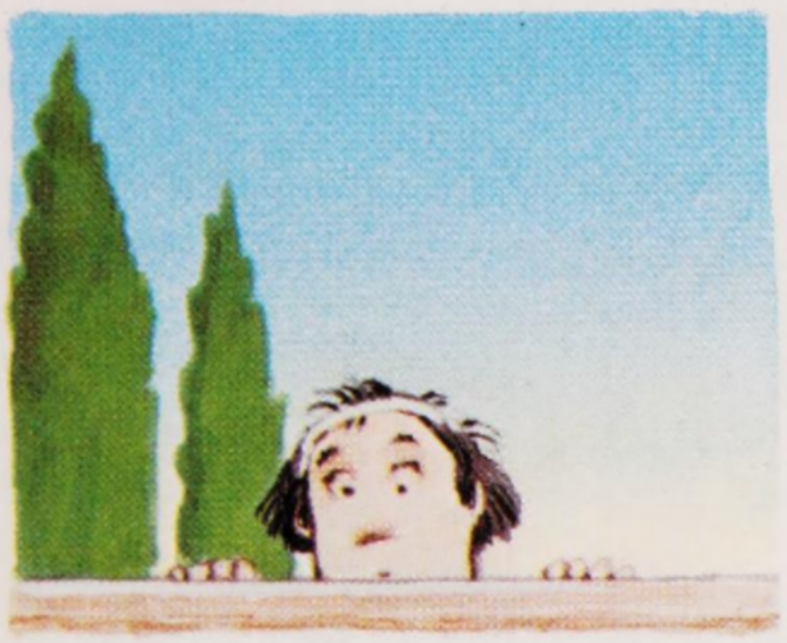
Mientras observaban el palacio, una preciosa mujer salió a su encuentro. "Entrad" dijo la mujer. "Sois bienvenidos".



La hermosa mujer los guió hasta un gran salón donde se había servido un gran banquete. "Sois mis invitados", dijo. "Esto es para vosotros".



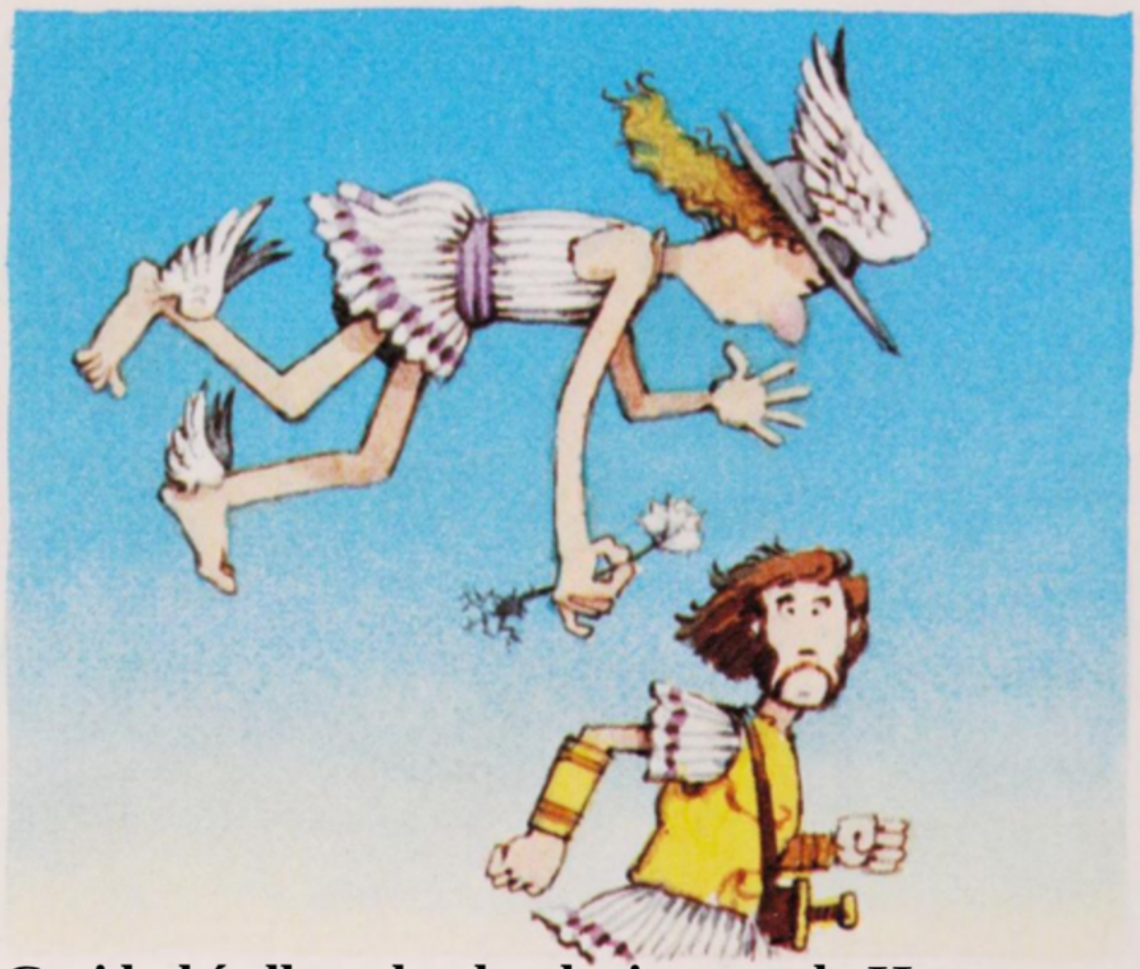
Los hombres se sentaron entorno a la mesa y empezaron a comer. "Por favor, dinos tu nombre", dijo uno de ellos. "Soy Circe", respondió ella mientras llenaba sus copas con vino. Pronto, los hombres, hartos de comida y vino, comenzaron a bailar. Se estaban divirtiendo tanto que ninguno notó que Eurílоco no estaba con ellos.



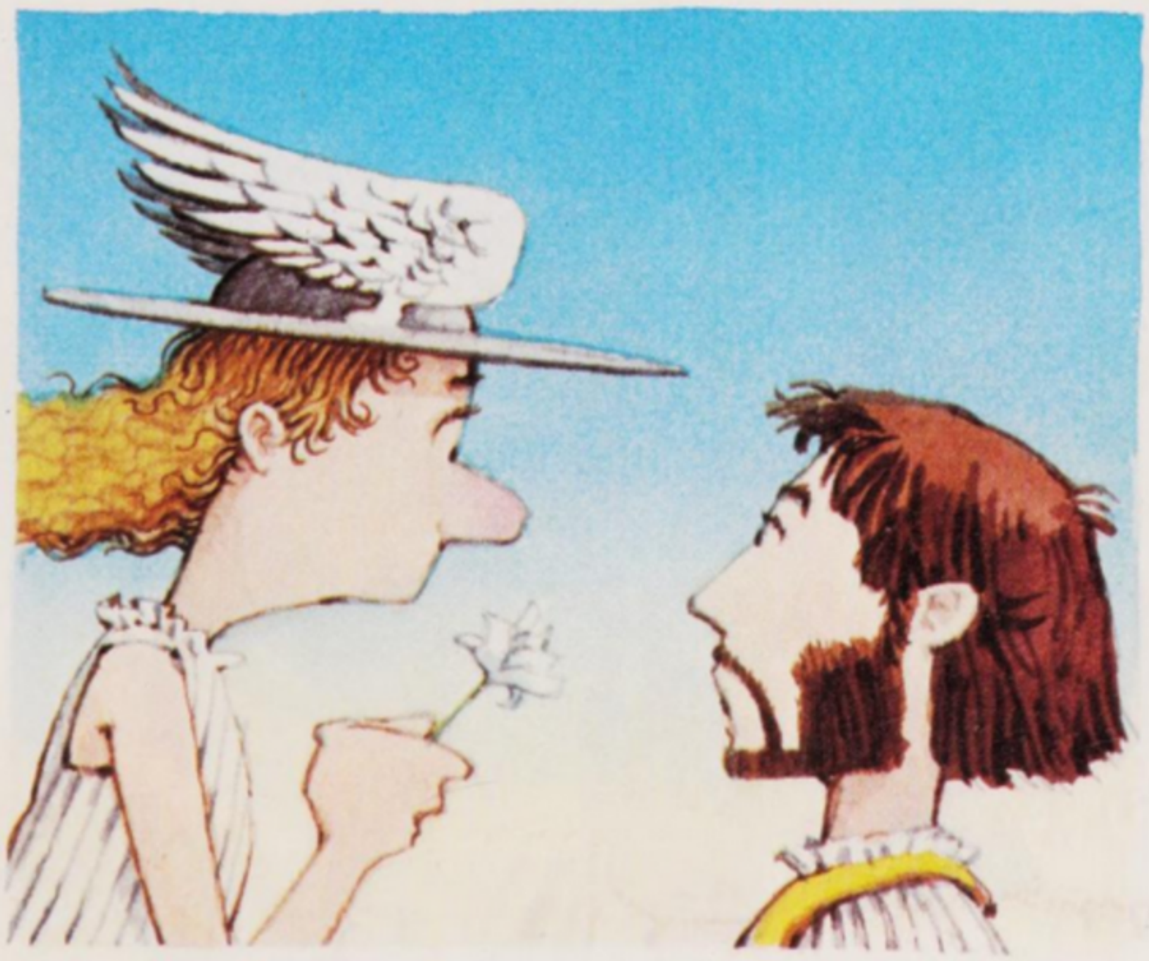
Eurílоco no confió en Circe, de modo que cuando sus hombres entraron en el salón, él permaneció fuera y les espió a través de una ventana.

Eurílоco vio como Circe agitaba una varita mágica, y contempló horrorizado cómo las narices de sus hombres se convertían en hocicos. ¡Circe estaba convirtiendo a sus hombres en cerdos! Mientras Circe sacaba a sus hombres del salón, ahora convertidos en cochinos, Eurílоco, lleno de miedo, salió corriendo.

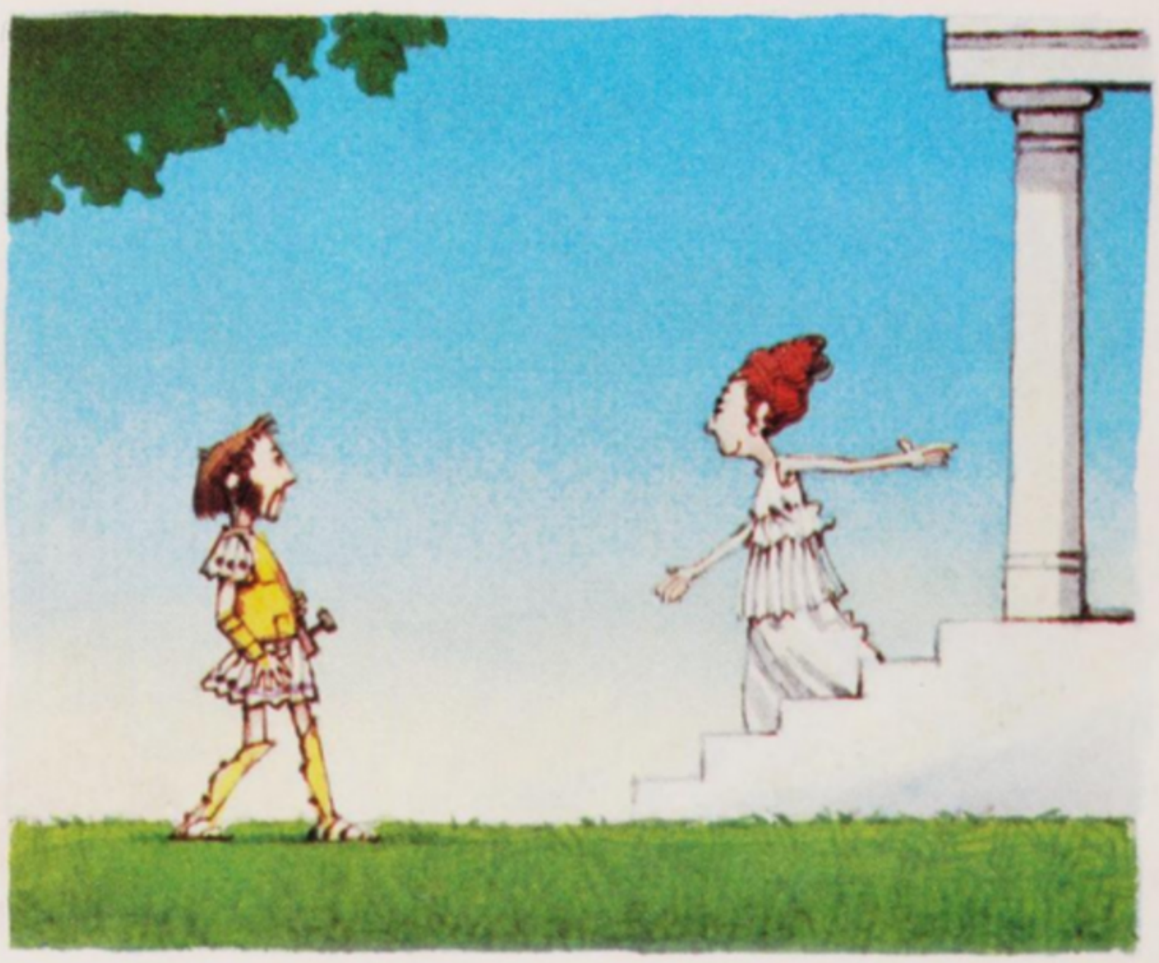
Euríloco corrió de vuelta hasta las naves. "Una hechicera nos ha embrujado!" gritó y le contó al resto lo que había visto. "Debemos rescatarlos!" clamó Ulises y marchó hacia el palacio de Circe.



Casi había llegado al palacio cuando Hermes, el mensajero de los dioses, apareció. Hermes había sido enviado por la diosa Atenea, que deseaba que Ulises volviese sano y salvo a casa.



Hermes le dijo "La hermosa Atenea te envía esta flor mágica. Come de ella y estarás a salvo de los hechizos de Circe", dijo, mientras le daba a Ulises una flor blanca. Tras esto, Hermes se marchó volando.



Cuando Ulises llegó al palacio, Circe salió a su encuentro. "Otro invitado, estupendo!", dijo. "Debo ser prudente", pensó Ulises, "y con la ayuda de Atenea, podré salvar a mis hombres".

"Debes estar cansado tras tus viajes", dijo Circe. "Mis sirvientes te traerán comida, pero antes tomaremos algo de vino".

"No confío en ella", pensó Ulises. Pero él ya había comido de la flor blanca de Atenea y no tenía miedo de los conjuros de Circe.

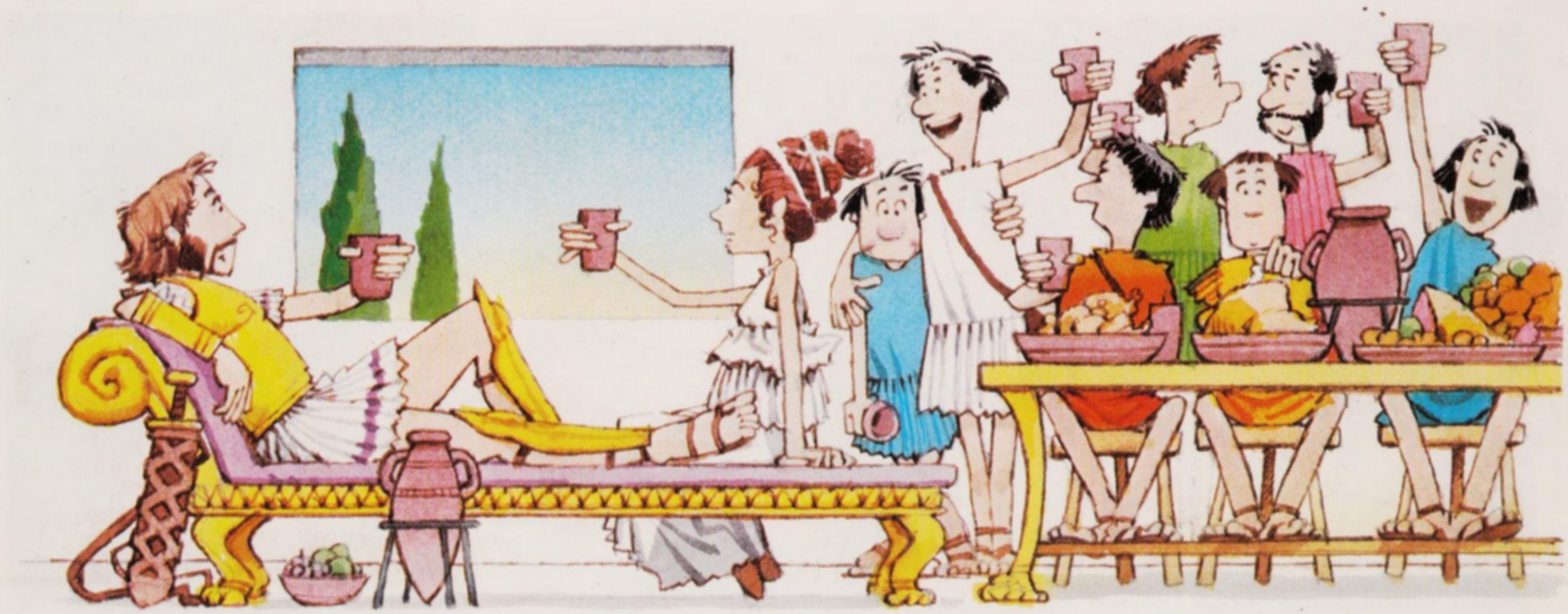
"Gracias señora", le dijo. Mientras Ulises no miraba, Circe vertió una poción mágica en su copa de vino.

Circe esperó a que Ulises bebiese el vino. Y entonces tocó su brazo con su varita mágia. Ulises, tomando su espada saltó de su asiento.

"Bruja malvada! No puedes dañarme!", gritó. Amenazó a Circe con su espada mientras decía, "Dime dónde están mis hombres?"

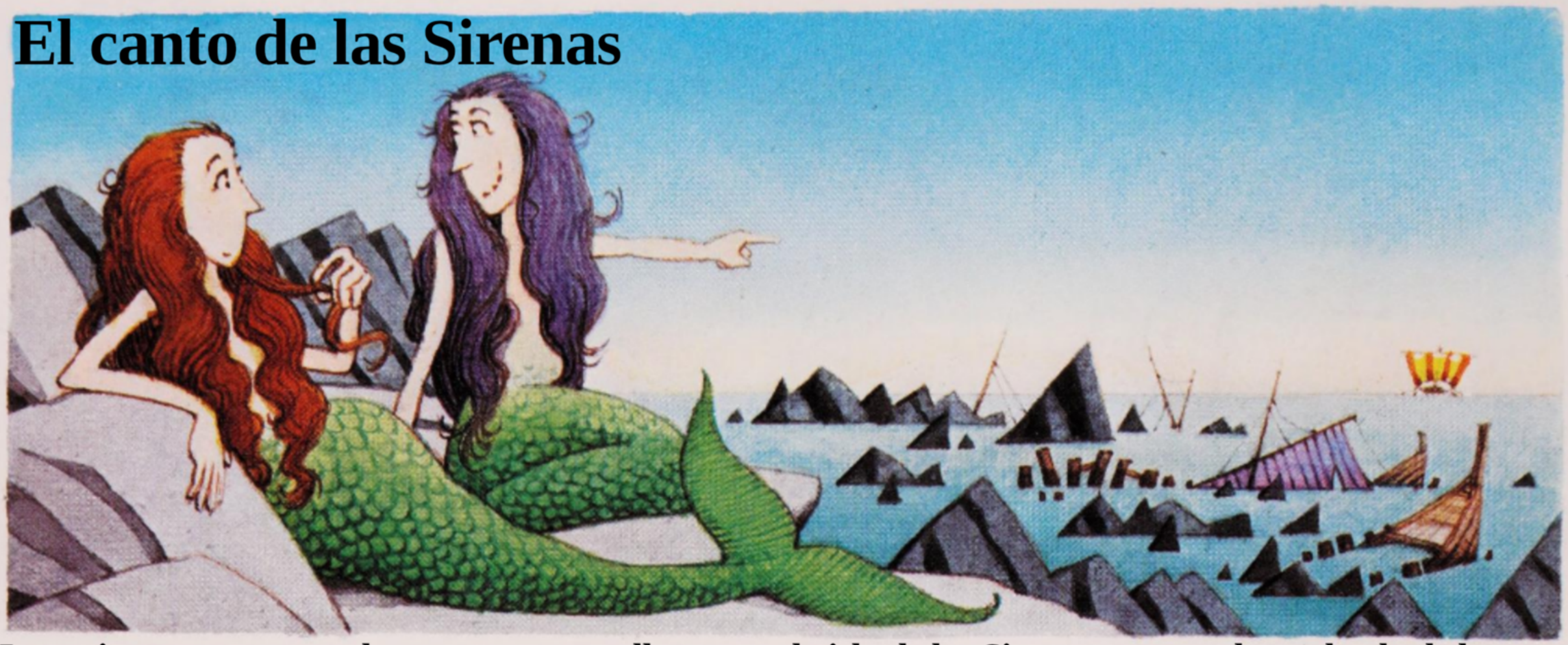
Circe, asustada vio que su magia no había funcionado. "Te llevaré hasta tus hombres", dijo y le guió fuera del palacio.

Cuando llegaron hasta las pocilgas, ella espolvoreó un bálsamo sobre los hocicos de los cerdos. Ulises se alegró cuando vio que los cerdos comenzaban a transformarse de nuevo en sus hombres. Los griegos estaban asustados y temían que Circe los volviese a convertir en cerdos, pero ella prometió no hacerlo. La hechicera sabía que Ulises la mataría si volvía a embrujar a sus hombres.



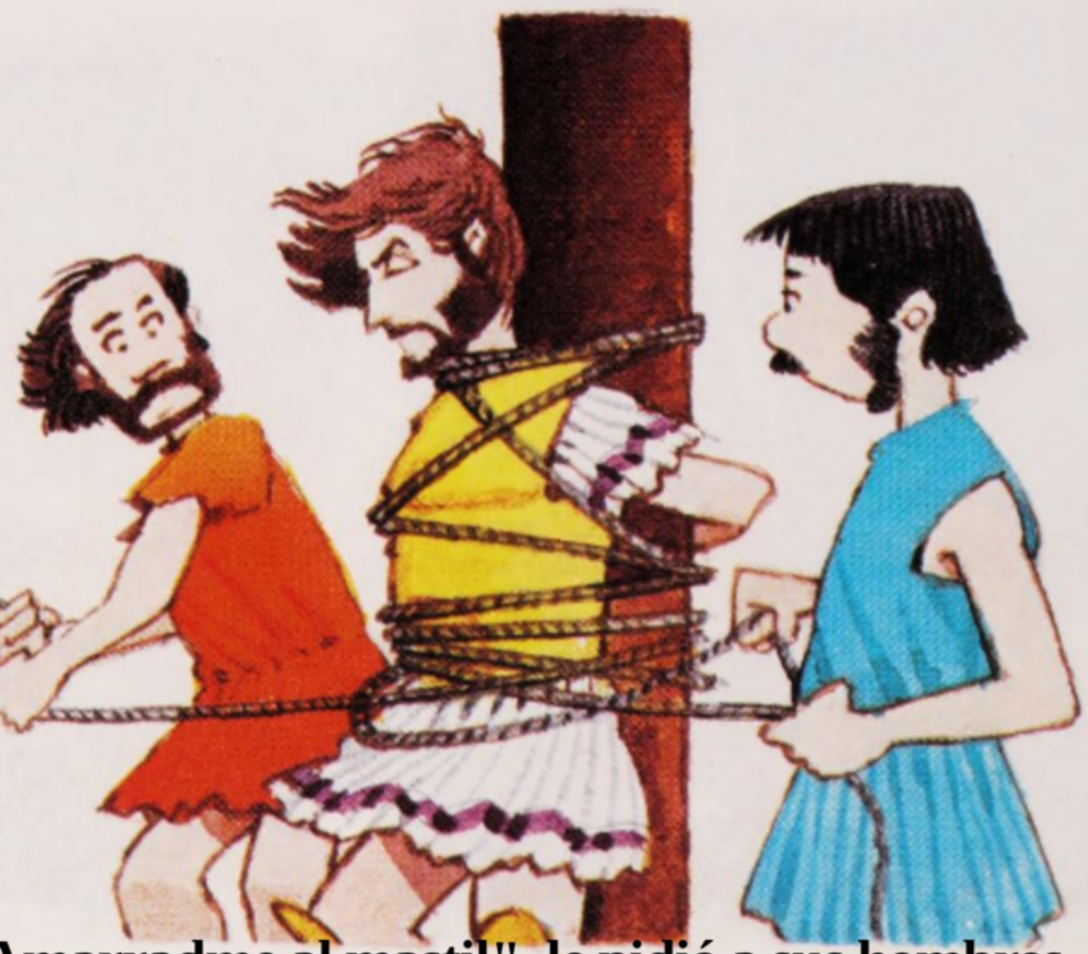
En el palacio, se celebró un gran festín y uno de los hombres de Ulises corrió hasta las naves para avisar al resto. El banquete duró un año entero y todo el mundo se divirtió. Cuando llegó el momento de retomar el viaje, Circe se puso muy triste, pues para entonces, se había enamorado de Ulises. A pesar de ello, les dio comida para el viaje y les previno de los peligros que encontrarían.

El canto de las Sirenas



Los griegos navegaron de nuevo y pronto llegaron a la isla de las Sirenas, que estaba rodeada de barcos hundidos. Las Sirenas eran ninfas que cantaban bellas canciones a los marineros que por allí pasaban. Y los marinos que escuchaban sus canciones, estrellaban sus navíos contra las rocas y se ahogaban. Así, las Sirenas se tumbaban en las rocas de la costa, esperando el paso de algún barco al que llevar al desastre.

Circe le había hablado a Ulises de la existencia de las Sirenas y él pensó un plan para escapar de sus terribles encantamientos. Partió trozos de cera de abejas con su espada y los repartió entre la tripulación.



"Amarradme al mastil", le pidió a sus hombres. "Yo quiero escuchar el canto de las Sirenas. Vosotros tapad vuestros oidos con la cera y remad mientras pasamos cerca de esta isla horrible."

Cuando las Sirenas vieron el barco griego, dieron un suspiro de satisfacción y comenzaron a cantar una de sus seductoras canciones.

Sólo Ulises podía escucharlas y cayó bajo su encanto. "¡Desatadme!" le gritó enloquecido a sus hombres mientras luchaba por soltarse.

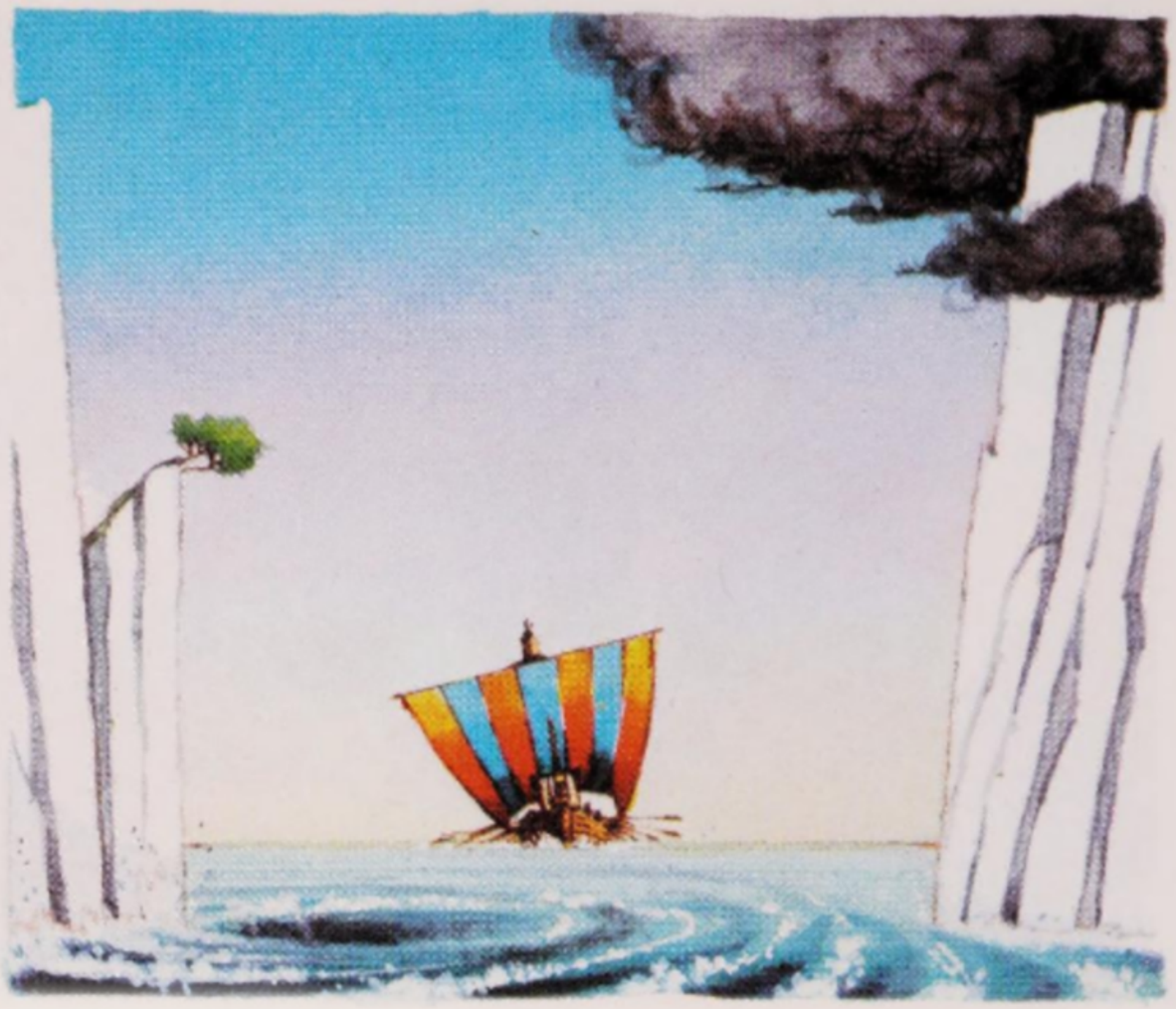
Pero las cuerdas estaban fuertemente atadas y la tripulación no pudo escuchar sus órdenes gracias a la cera que tapaba sus oidos.

Las Sirenas enfurecieron porque veían que su hechizo no hacía efecto. Cantaron aún más fuerte pero eso no ayudó.

Golpearon sus colas, enfadadas, contra las rocas y cantaron mas fuertemente aún. Los griegos siguieron remando. Las Sirenas dejaron de cantar. "Volved!", gritaron enfadadas, pero el barco se alejó a salvo.

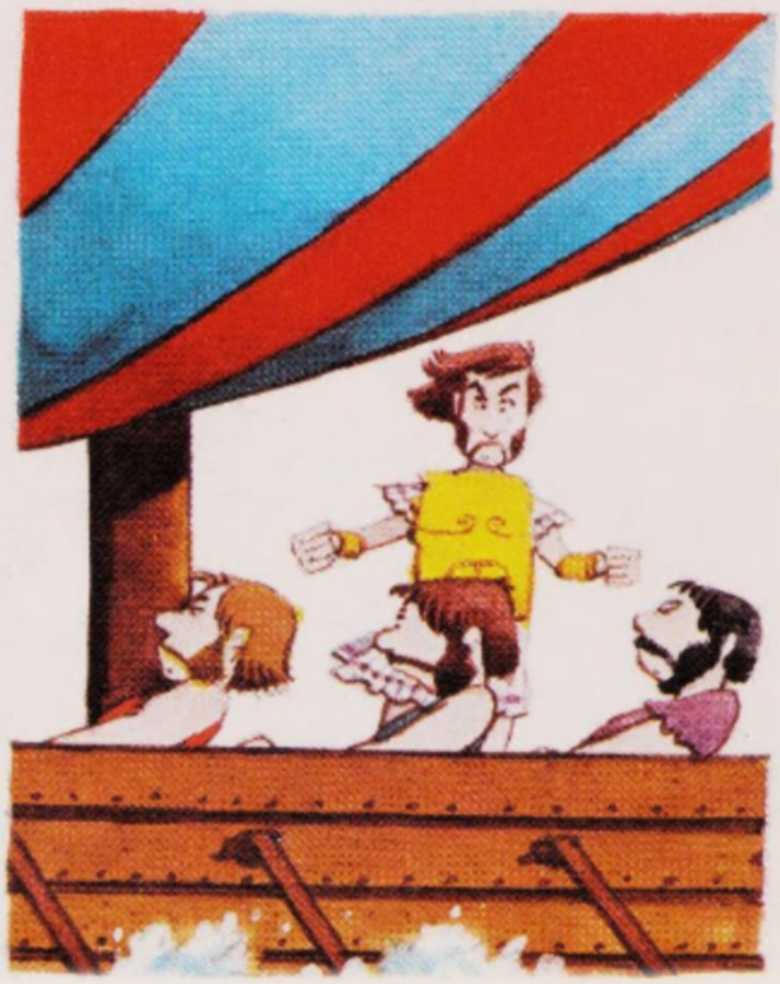
El Remolino

Cuando estuvieron lejos de la isla de las Sirenas, la tripulación desató a Ulises. Y al quitarse la cera de las orejas, escucharon un terrible estruendo en el agua. "¿Qué es eso?", preguntaron asustados.



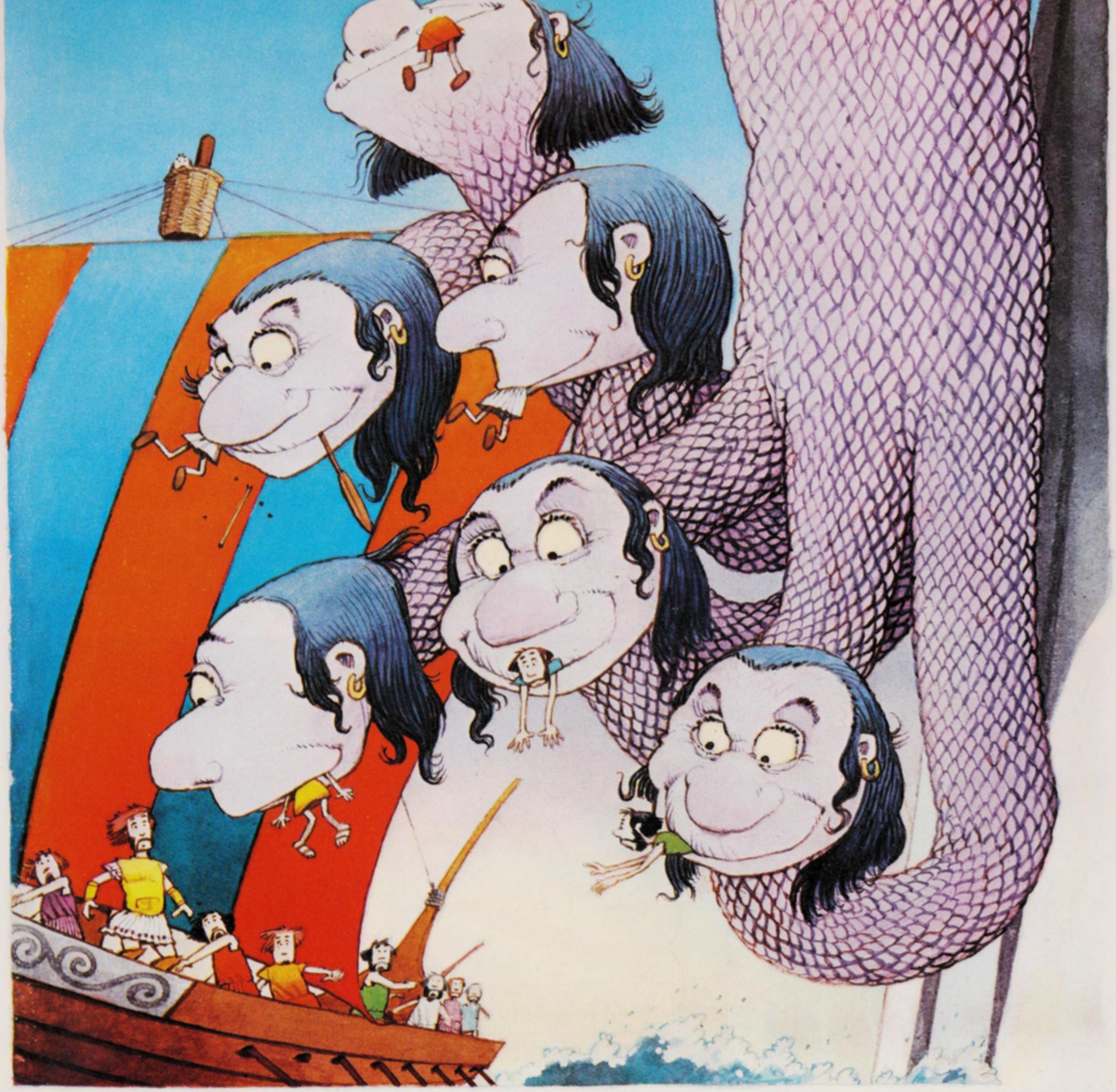
Delante de ellos, un descomunal remolino giraba entre dos acantilados. La nave debía atravesarlo. Y sabían que si se acercaban demasiado, los succionaría a todos y se ahogarían.

La tripulación corrió a sus puestos y tomó los remos. "Remad por vuestras vidas!" gritó Ulises. "!Quedaos cerca del acantilado!"



Los hombres remaron con todas sus fuerzas. Ulises, sintiendo la fuerza del agua les gritaba, "¡Remad!".

Entonces Ulises observó la cima del acantilado. Estaba cubierta por una nube y creyó ver algo moverse de modo que sacó su espada.

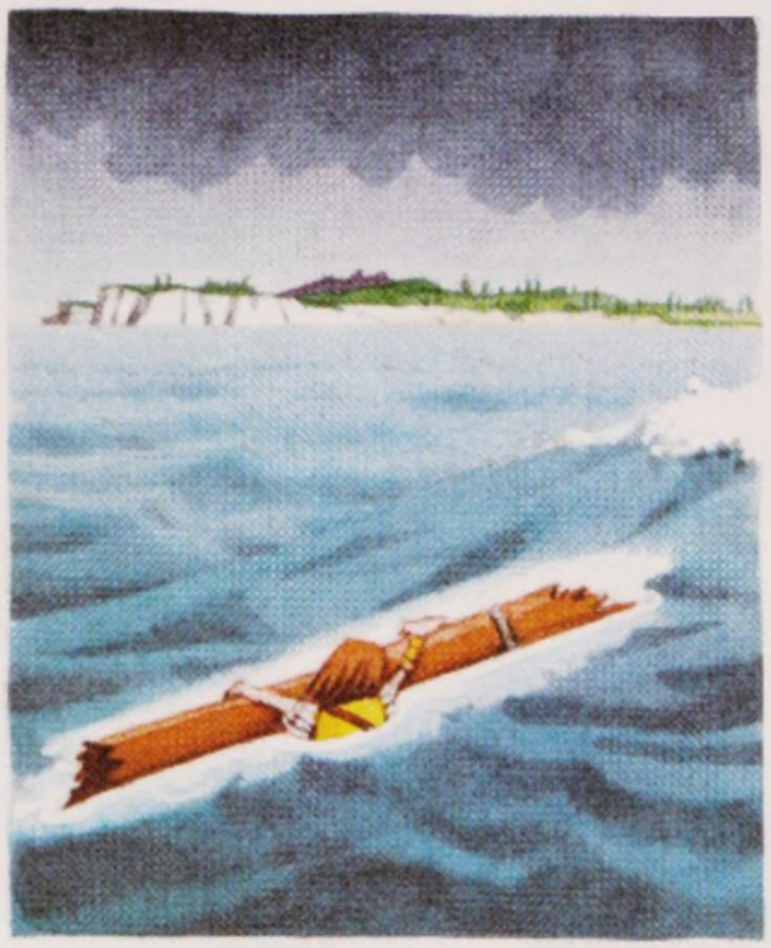


En una oscura cueva, escondida por la nube, vivía la Escila, el monstruo de seis cabezas. Con ojos hambrientos, observaba el barco acercarse al acantilado. Escila estiró sus cuellos y esperó.
Los hombres, que se fijaban en el remolino, no vieron al monstruo. De pronto, saltó y atrapó a seis hombres de la cubierta. "!Sálvanos Ulises¡", gritaron, pero Escila se los tragó antes de que pudieran hacer nada.

La venganza del Dios del Mar

Los griegos remaron incansablemente hasta que quedaron fuera de las garras de Escila. Entonces, por primera vez en cuatro días, el viento sopló e hinchó las velas de su nave. Y agotados de remar, los marinos pudieron descansar por fin. La fuerza del viento aumentó. Nubes negras ocultaron el Sol y estallaron violentos rayos de tormenta. "¡Arriad las velas antes de que el mástil se quiebre!", gritó Ulises, pero ya era demasiado tarde.

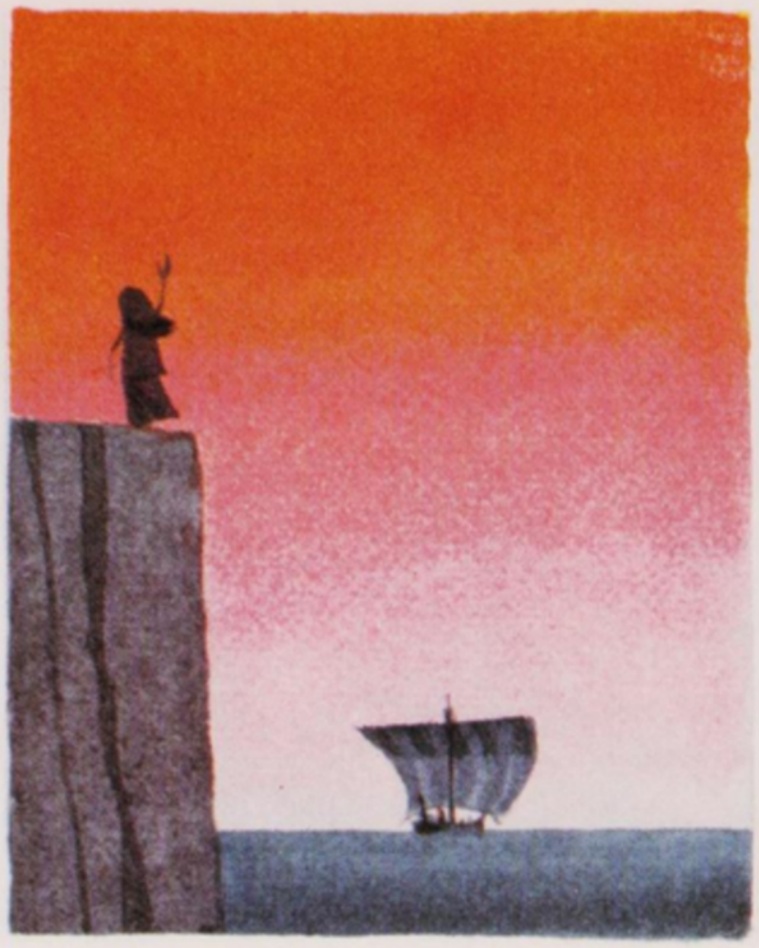
Una ola descomunal tumbó el barco y lo destrozó. Ulises fue arrojado a las aguas del océano mientras sus hombres se ahogaban.



Ulises se salvó sujetándose al mástil de la nave. Agotado y dolorido avistó tierra. Soltándose del mástil, comenzó a nadar hasta la costa.

A la mañana siguiente, cuando el mar quedó en calma, una princesa bajó a la playa. Allí encontró a Ulises tendido en la arena.

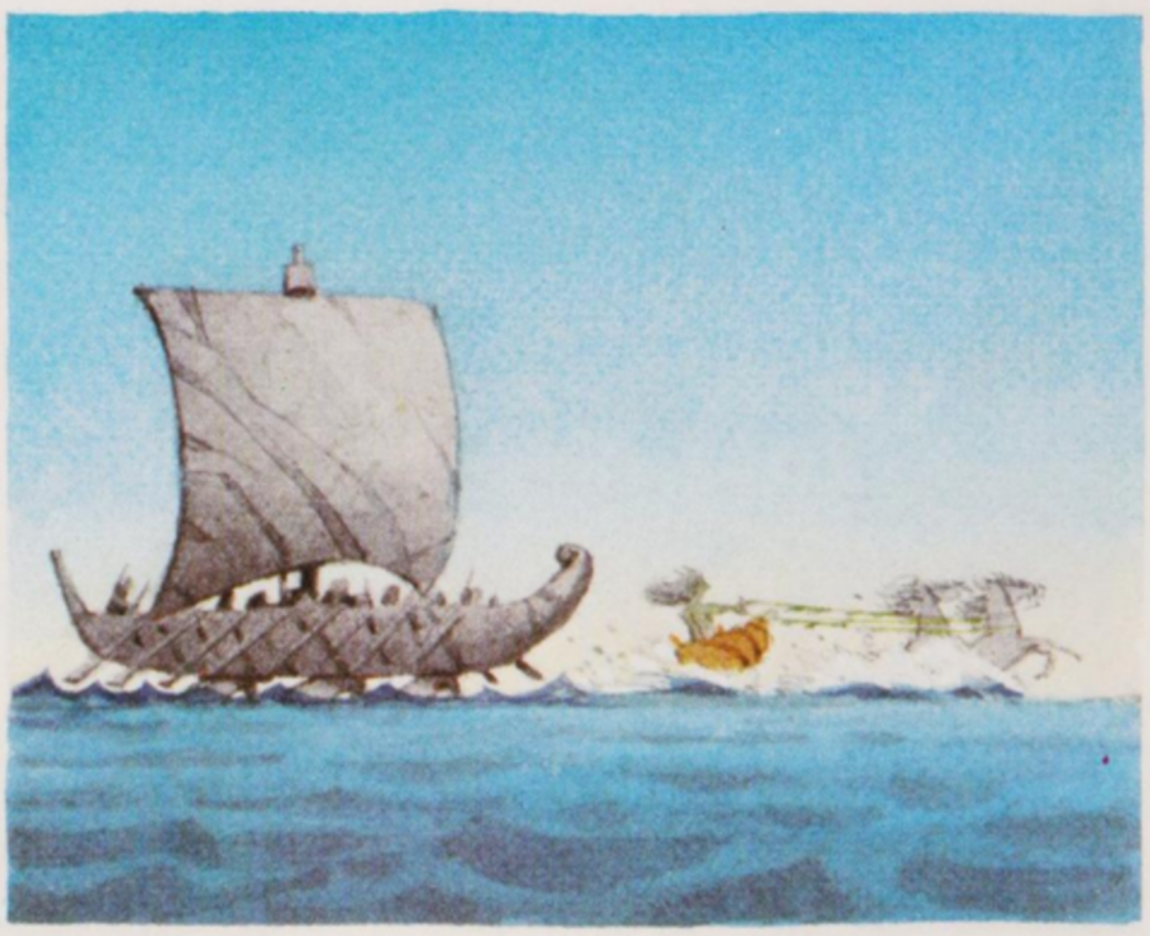
La princesa lo llevó a ver a su padre, el rey. Y Ulises le contó las desgracias que había pasado. El rey, conmovido, prometió ayudarle.



"Tu hogar en Ítaca no está lejos", dijo el rey. "Uno de mis barcos te llevará hasta allí". El barco salió aquella misma tarde.

Ulises se quedó dormido y no se despertó cuando el barco llegó a Ítaca. De este modo, la tripulación, sin despertarle, lo llevó hasta la playa.

Poseidón, el dios del mar, viajaba con su carro cuando vio a Ulises dormido. "¡Él debería haber muerto en la tormenta!" gritó. "Castigaré a aquellos que le han ayudado".

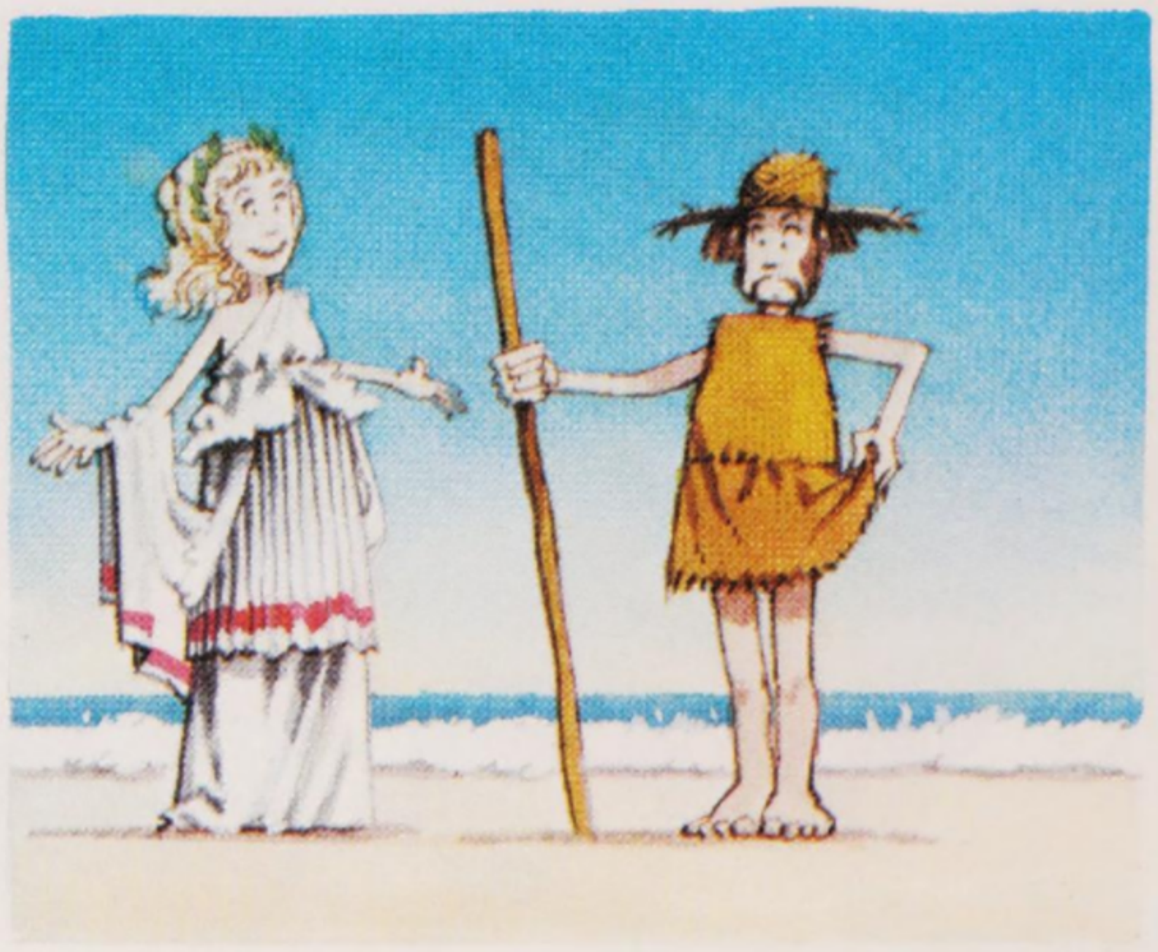


Mientras el barco que había llevado a Ulises hasta Ítaca se alejaba de la costa, Poseidón alzó su mano invocando un castigo. Inmediatamente el barco y la tripulación se convirtieron en piedra. Poseidón se alejó complacido.

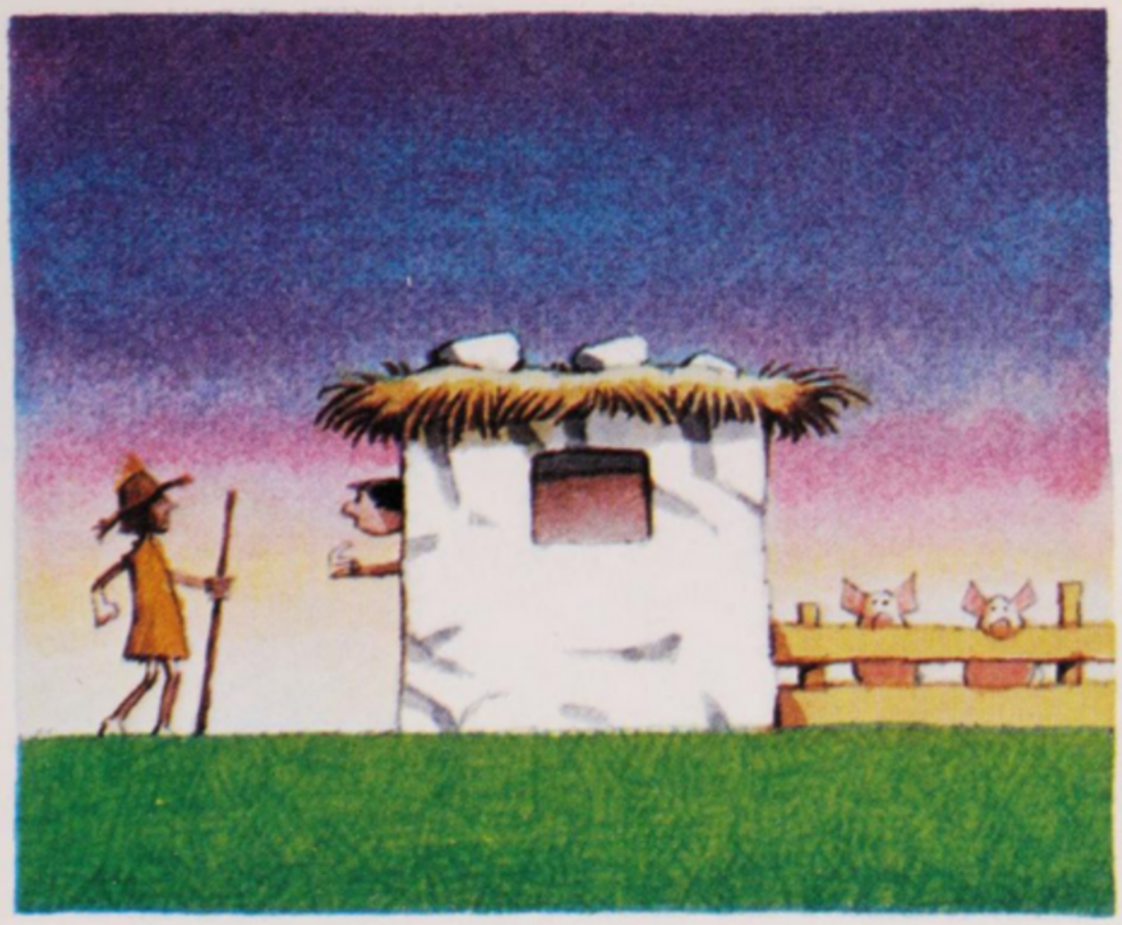
En casa al fin

Cuando Ulises despertó en la playa, una hermosa mujer estaba junto a él. "Bienvenido a Ítaca", le dijo. "¿Quién eres?", preguntó Ulises. "Soy la diosa Atenea", respondió ella. "He venido a ayudarte. Desde que viajaste a Troya, hace veinte años, tu esposa, Penélope, ha gobernado en Ítaca. Ahora, muchos hombres piensan que has muerto y quieren casarse con ella".

Ulises se levantó. "¡Debo salvarla!", respondió. "Espera", dijo Atenea. "Estos hombres quieren matar a tu hijo, Telémaco, y están ahora en el palacio. Pero tengo un plan que podrá ayudarte."



"Ve al palacio disfrazado de mendigo. Pero primero dirígete a la cabaña del porquero. Yo enviaré allí a Telémaco y podréis hablar en secreto". Atenea sonrio y la armadura de Ulises se convirtió en los harapos de un mendigo.



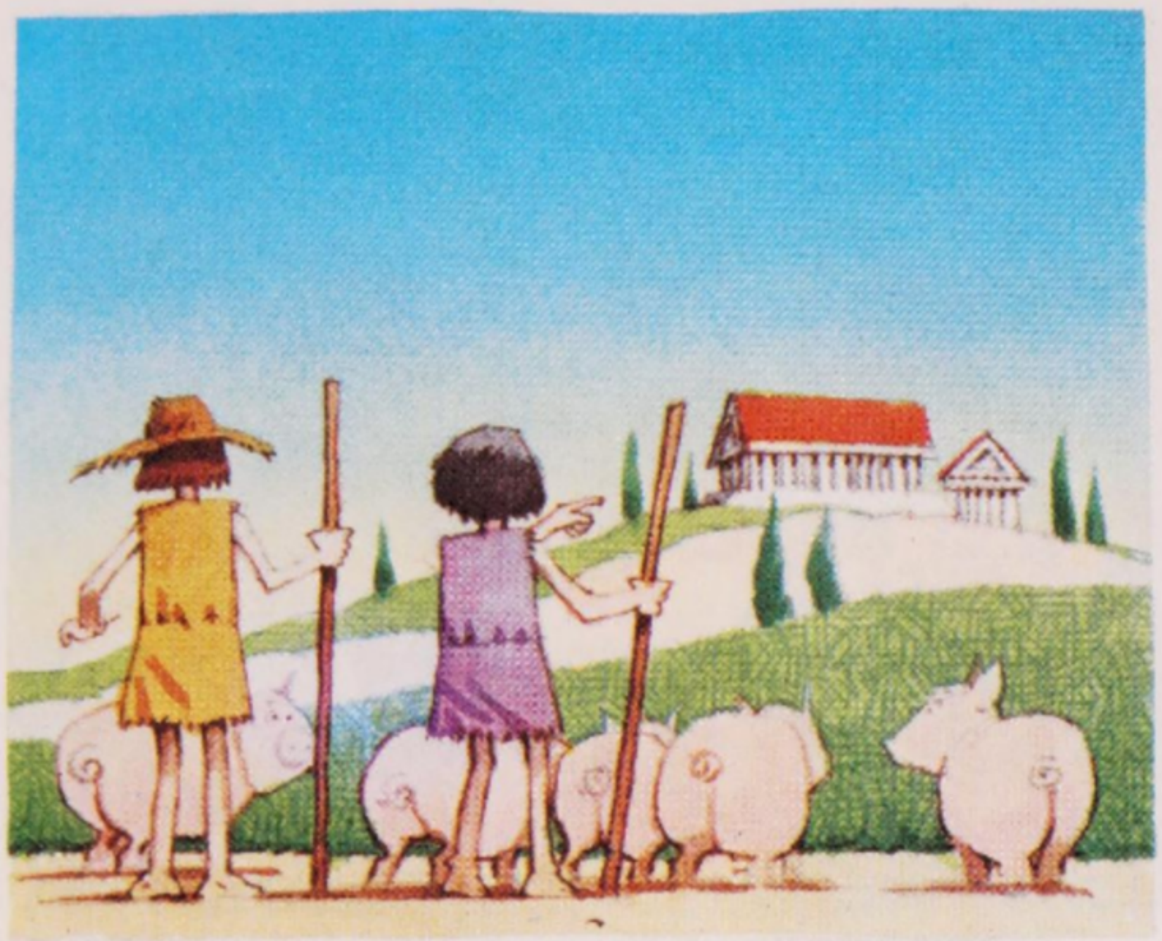
Ulises corrió por un camino polvoriento hasta la cabaña del porquero. "Entra, amigo mio, debes estar hambriento", dijo el porquero pensando que Ulises era en realidad un pordiosero.

"¿Traes noticias de tus viajes por el mar?", preguntó el porquero una vez hubieron cenado. "¿Has oido lo que le sucedió al rey Ulises? Nunca volvió de la guerra de Troya."

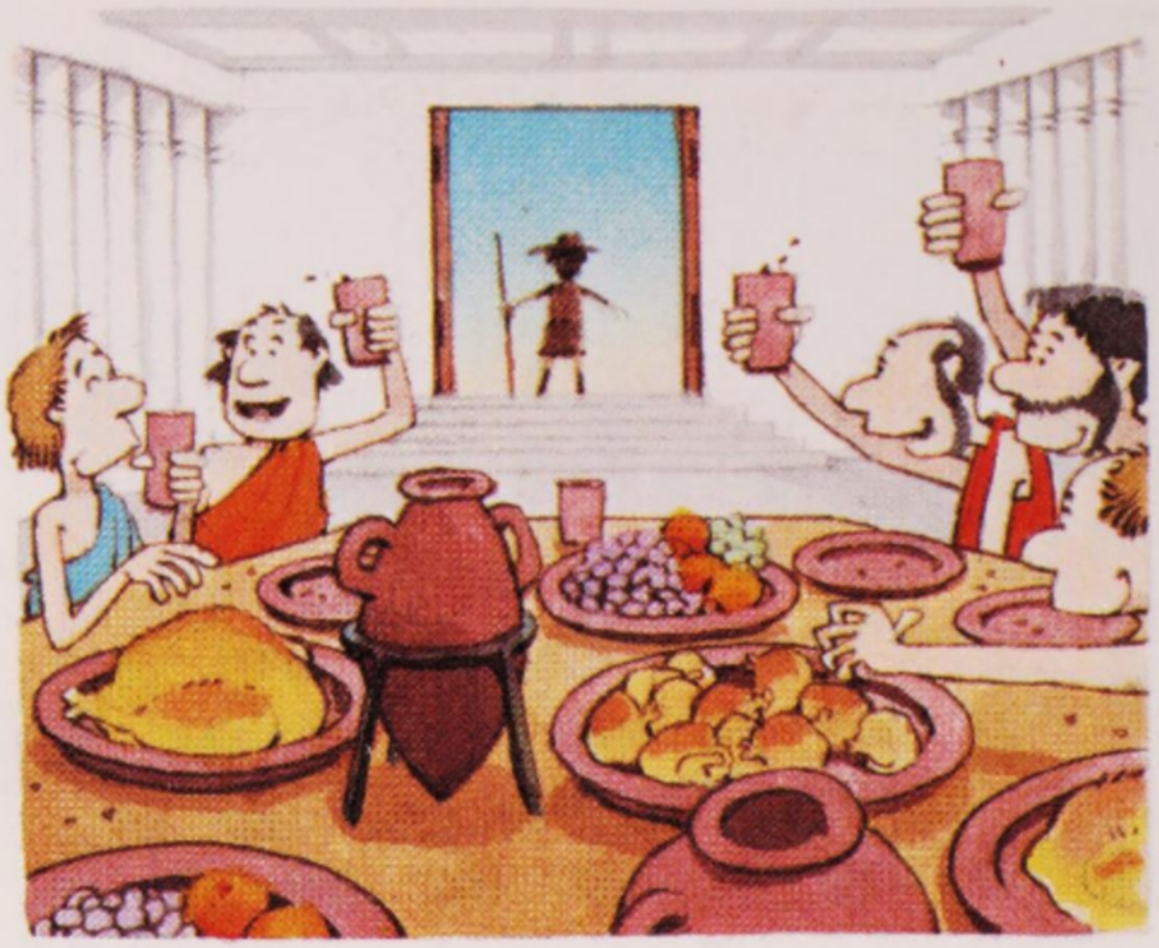
De pronto se abrió la puerta. Un hombre joven entró. "¡Príncipe Telémaco!", exclamó el porquero.

Ulises miró al joven. "Soy tu padre", le dijo. "Pero pareces un mendigo", le respondió Telémaco.

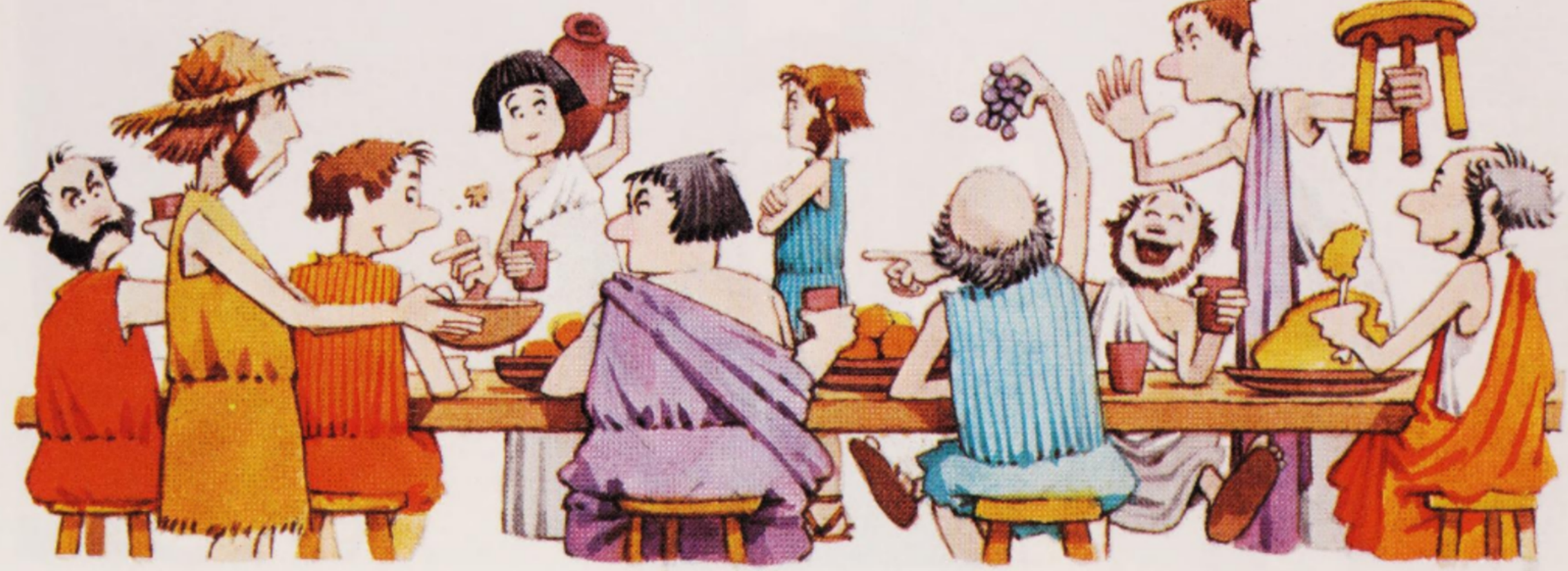
"La diosa Atenea me ha dado este disfraz", dijo Ulises. "Cuéntame sobe los hombres que planean robar mi reino".



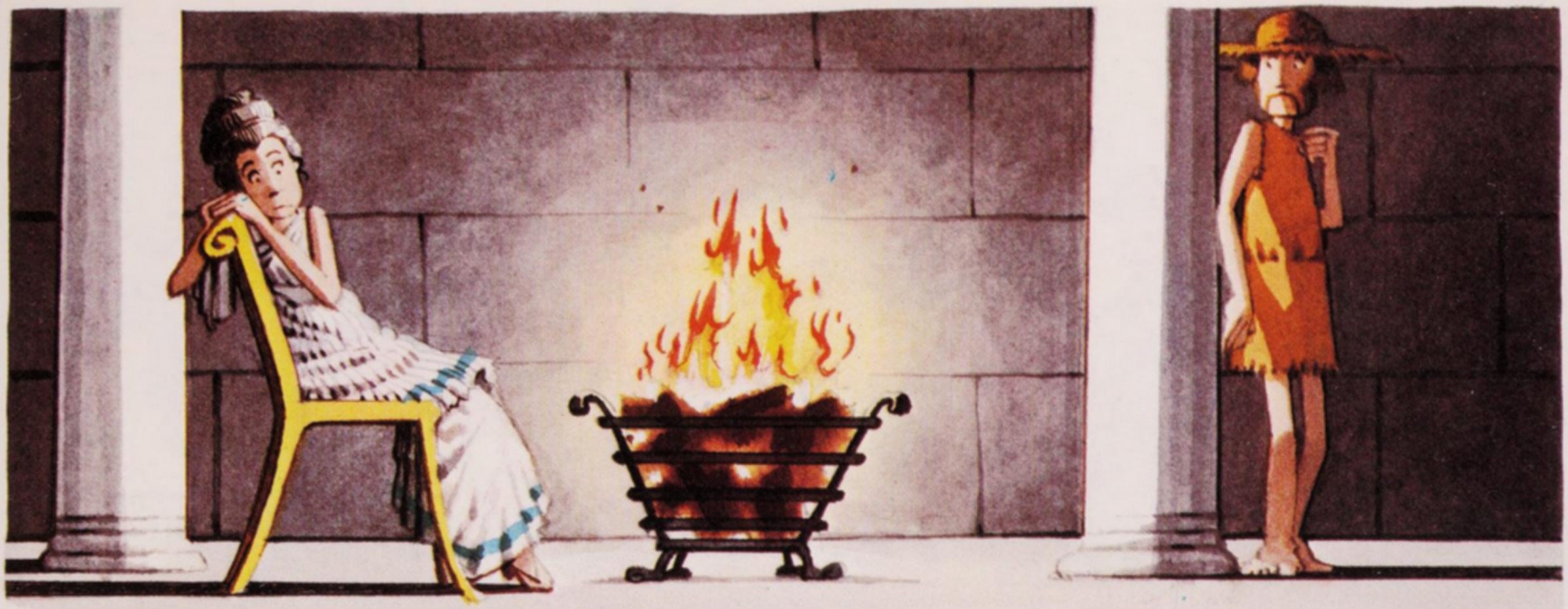
A la mañana siguiente, Ulises acompañó al porquero junto a sus cerdos y fueron hasta el palacio. "Todos los días, los pretendientes vienen a preguntarle a Penélope, a cuál de ellos elegirá para casarse con ella", explicó el porquero.



"Ella les ruega que se marchen, pero ellos no se irán hasta que ella elija a uno de ellos. Los pretendientes llevan haciendo esto tres años", continuó. Ulises se dirigió hasta el salón del palacio donde vio a los príncipes pretendientes disfrutar de un gran banquete.



Ulises tomó un tazón y se acercó a la mesa. "Fingiré pedir limosna y trataré de descubrir qué planean hacer estos príncipes", pensó. Un hombre gordo le tiró unas sobras y el resto trató de echarlo a patadas de allí. Uno de ellos llegó a lanzarle un taburete. Telémaco estaba furioso por ver cómo trataban a su padre. Pero había prometido a su padre que no revelaría su verdadera identidad.



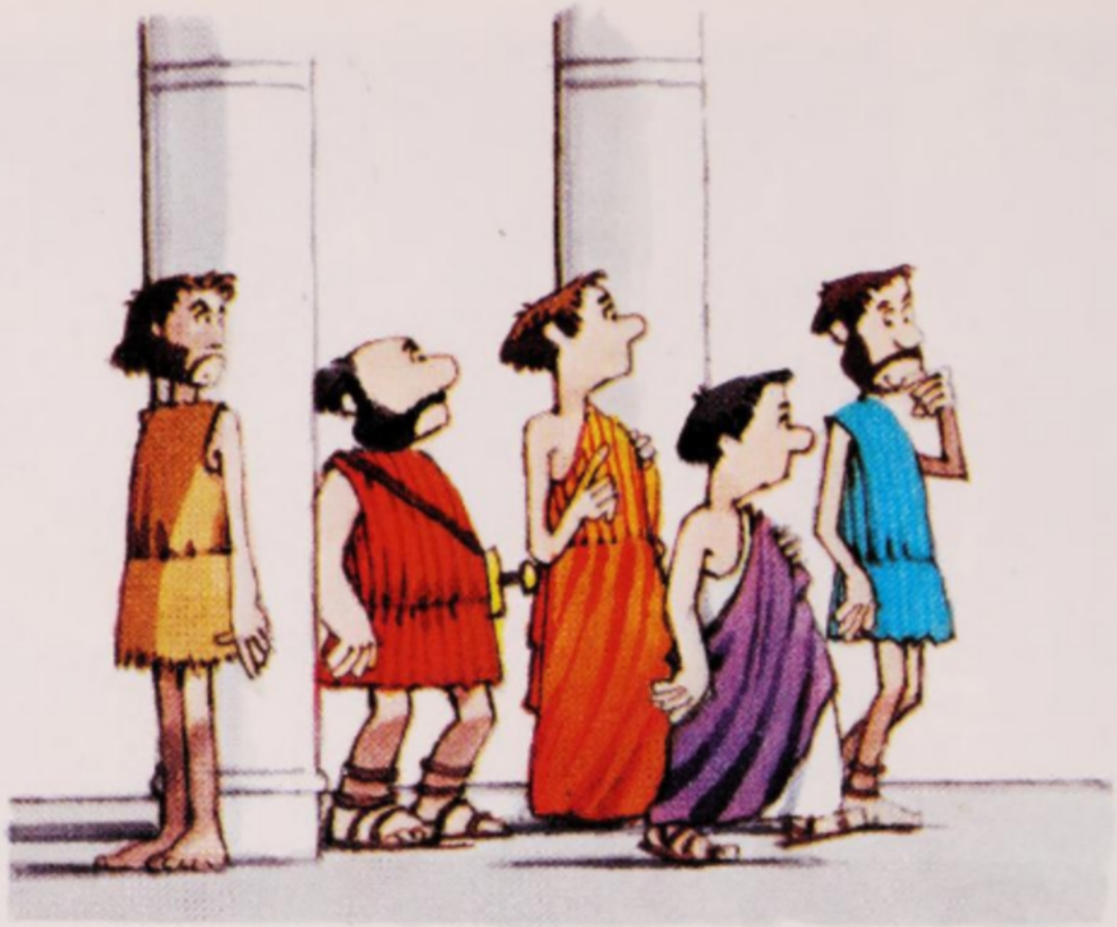
Cuando la reina Penélope escuchó que un vagabundo había llegado al palacio, envió a su vieja nodriza a hablar con él. "Tráelo hasta aquí, quiero hablar con él. Este vagabundo puede haberse encontrado con Ulises en sus viajes", dijo. "Tal vez tenga noticias de mi marido". Ulises se presentó frente a su esposa pero permaneció en las sombras. Temía que Penélope lo reconociese a pesar de estar disfrazado. A Ulises se le rompió el corazón al ver a su esposa tan triste. Escondido tras una columna le dijo, "Consuélate, pues tu marido Ulises está vivo y muy cerca de casa".

"Gracias", le respondió Penélope. "Mi nodriza cuidará de ti." La anciana mujer apareció con una gran cuenco con agua para lavar a Ulises.

Ella conocía a Ulises desde que nació y lo reconoció por una vieja cicatriz en su pierna. "¡Eres el rey Ulises!", susurró la nodriza.

"Si", respondió Ulises, "pero no se lo digas a nadie o arruinarás mi plan." La nodriza dijo entonces "tu secreto está a salvo conmigo."

Aquella noche Ulises durmió en el suelo del gran salón. A la mañana siguiente fue despertado por una criada. "Fuera de aquí, mendigo", le regañó. "Los pretendientes llegarán pronto y todo debe estar preparado para su llegada."



Ulises se levantó rápidamente y escuchó a los príncipes hablar mientras entraban en el salón. "Ya hemos esperado suficiente", dijo uno. "Penélope debe elegir hoy a uno de nosotros como marido. Y tan pronto lo haga, mataremos a su hijo Telémaco".

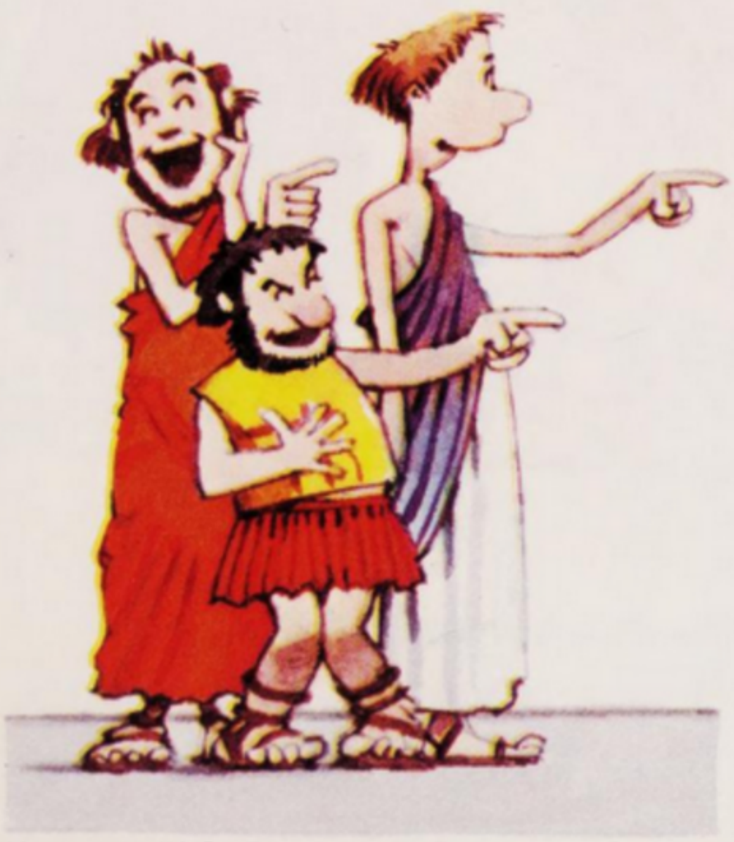
En ese momento, Penélope entró en el salón, cargando con un enorme arco de marfil. "Este arco perteneció a mi marido, el rey Ulises", dijo. "Me casaré con aquél que sea capaz de colocar la cuerda en el arco."

"Tras esto deberá lanzar una flecha a través del anillo de estas doce hachas." Penélope le dio el arco a una sirvienta y salió del salón. Telémaco pidió que se colocaran las hachas y que trajeran una diana.

Todos los príncipes quisieron presumir de su fuerza. Y todos lo intentaron con gran esfuerzo, pero ninguno fue capaz de colocar la cuerda en el arco.

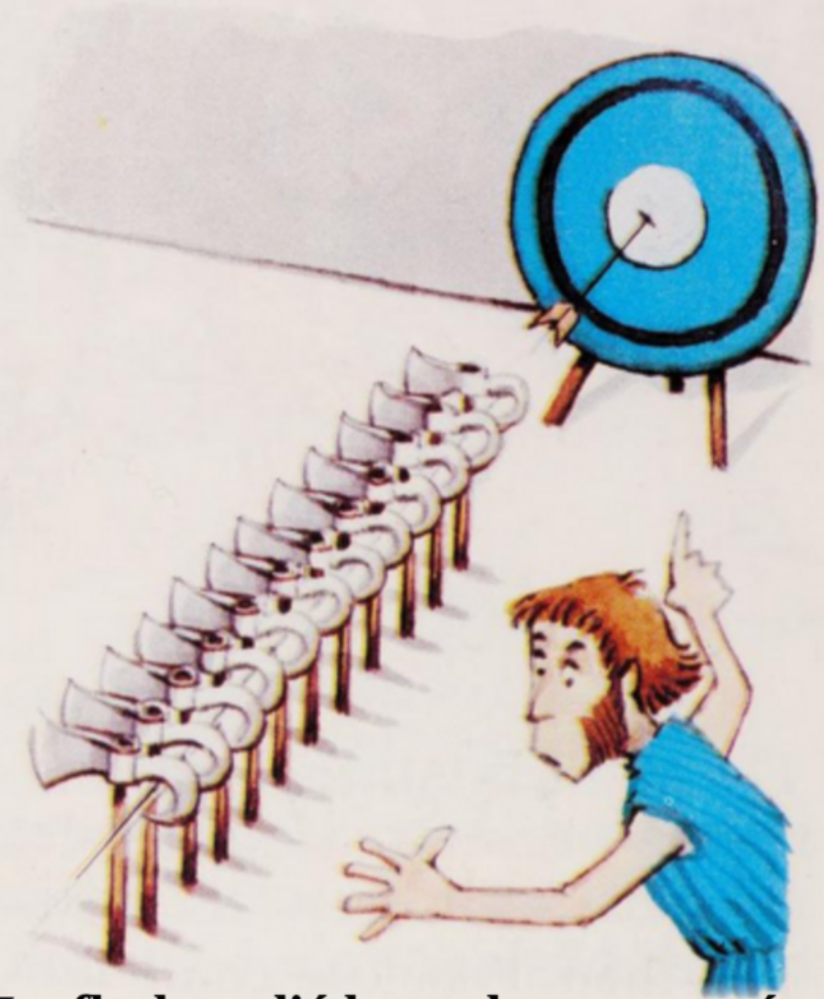
"El arco es viejo y está demasiado rígido", dijo uno de ellos, y frotó el arco con aceite para ablandarlo. Lo intentaron de nuevo, pero ninguno fue capaz de doblar el arco.

Al fin, cansados y molestos, se rindieron. "Lo volveremos a intentar mañana", dijeron. "Ahora traednos comida y vino."



Ulises salió de entre las sombras. "¿Puedo probar?", preguntó. Los príncipes rieron a carcajadas. "Un mendigo quiere ser rey", dijeron.

Ulises tomó el arco y doblándolo con facilidad, tendió la cuerda. Tomó entonces una flecha, tensó el arco y disparó.



La flecha salió lanzada y atravesó el anillo de las doce hachas, acabando en el centro de la diana. Los príncipes observaron esto horrorizados.

La diosa Atenea, convertida en un gorrión, observaba lo que ocurría desde el techo del salón. Justo cuando la flecha acertó en la diana, la diosa convirtió los harapos de Ulises en su antigua armadura. "Soy Ulises", gritó, tomando otra flecha. "He vuelto de mis viajes para cobrarme venganza." Y diciéndo esto, lanzó una flecha matando a uno de los pretendientes.
Telémaco entonces tomó su espada y corrió a ayudar a su padre. Los príncipes trataron de escapar pero un sirviente había cerrado las puertas del palacio dejándolos atrapados. Los pretendientes lucharon por su vida pero Ulises y Telémaco los mataron a todos. Entonces, la vieja nodriza corrió a contar a Penélope todo lo que había ocurrido.

Penélope corrió hacia el salón. "¿Como se que eres Ulises?", preguntó. "Tal vez sea una ilusión tejida por los dioses. Quizá han hecho que un mendigo se convierta en mi marido." Entonces se le ocurrió una prueba.

"Ve a las habitaciones y mueve nuestra cama a otra habitación", le pidió Penélope a la nodriza. "Un momento", dijo Ulises. "La cama no puede moverse. Está unida a un árbol. Lo se porque la construí yo mismo."

"Eso prueba que eres Ulises", dijo Penélope sonriendo. Solo tu sabes que nuestra cama está unida a un árbol".
"Si, mi fiel y querida esposa", dijo Ulises. "He vuelto por fin a casa, sano y salvo. Y ahora os contaré la historia de mis extraños e increibles viajes."

Sobre la historia de Ulises

La historia de Ulises es muy antigua. Fue escrita hace unos 3000 años por Homero, un poeta y narrador griego. Los griegos amaban contar y escuchar historias sobre dioses y héroes.

En la historia de Homero, llamada "La Odisea", Ulises es conocido como Odiseo. En este libro, le damos su nombre romano, Ulises.

Troya, la ciudad de los troyanos, en la costa de lo que hoy es Turquía, estaba a unos 1000 kilómetros de la isla de Ítaca.

Los griegos creían en muchos dioses y diosas que vivían en el Monte Olimpo. Estos dioses a veces ayudaban a los mortales, pero a veces también los engañaban y se burlaban de ellos. Los dioses eran poderosos y traviesos y podían convertirse en animales o árboles.

Atenea era la hija del rey de los dioses, Zeus. Igual que otros dioses, ella no era siempre buena o sabia.

Poseidón era el dios del mar y los terremotos. Era hermano de Zeus y los romanos lo llamaban Neptuno.

Puede que esto no sea demasiado importante, pero debí leer este cuento por primera vez cuando aún era muy joven. La historia, adaptada por Vivian Webb y Heather Amery, hizo que quisiera leer la Odisea y la Iliada, cosa que no pude hacer hasta muchos años después.
También me enamoré de las increibles ilustraciones de Stephen Cartwright, que hicieron que quisiera aprender a dibujar, cosa que tampoco llegué a hacer nunca bien del todo. Y sin embargo, este cuento fue una parte muy significativa de mi infancia.

Así que supongo que si es un poco importante después de todo.

Por motivos que no entiendo, este cuento no ha vuelto a reeditarse, al menos en castellano. De modo que, sin prestar atención a cuestiones legales o de propiedad intelectual, se me ha ocurrido preparar esta versión en castellano y restaurarlo en la medida de mis posibilidades.

Puede que tal vez este cuento haya sido importante sólo para mi. O tal vez ayude a otros niños a acercarse a la historia, la mitología, a Homero o al placer de dibujar,... aunque uno no lo haga muy bien.

Enrique Sahagún

LAS INCREIBLES AVENTURAS DE
ULISES

Los increibles viajes de Ulises, maravillosamente ilustrados por Stephen Cartwright, nos muestran los encuentros del héroe con dioses coléricos, monstruos hambrientos, terribles tormentas, naufragios y hechiceras. Y en todas estas aventuras es observado y en ocasiones ayudado por la bella diosa Atenea. Los coloridos dibujos, exquisitamente detallistas, tienen la intención de ayudar a los niños a comprender y disfrutar la historia, y a animarlos a que lean este cuento por si mismos.